

HECTOR RUIZ ELIAS

Cuba
viento y revolución



Literatura

1312

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE SAN LUIS POTOSI

CUBA
VIENTO Y REVOLUCION

HECTOR RUIZ ELIAS

Cuba
Viento y Revolución



Universidad Autónoma de San Luis Potosí

SAN LUIS POTOSI, S. L. P.
1985

Editorial Universitaria Potosina

A
María Cristina,
Cristy y Armando,
Héctor,
Mayis
y Pepe.

VIENTO Y REVOLUCION

En los primeros tiempos de la tierra los continentes, las islas, los cabos, las penínsulas y los golfos, pugnarón por un lugar sobre el planeta. Luego la tierra comenzó a enfriarse y los únicos insurgentes fueron los volcanes.

Cesaron los grandes movimientos y una vez empujados los continentes, formadas las cadenas montañosas, distribuidas las aguas de los mares y de los ríos, sólo quedaron palpitaciones menores y las cicatrices del gran parto.

Cuba, en su navegación mayor, no pudo llegar al continente y como barca solitaria quedó encallada a la mitad del Golfo. Sin movimiento, sin derivas, en compañía de sus hermanas menores, dio nacimiento al Mar Caribe y desde entonces la visitaron las brisas.

El viento mayoral le trajo la semilla que pronto se convirtió en flor, palmera y fruta; el mar le ceñió la cintura con corales, las nubes le habrían de regalar la lluvia, el trópico su calor, y se convirtió en la Perla del Caribe.

Cuando los primeros pobladores llegan a la Isla, Cuba ya es un vergel en donde la broza humilde siempre reverdecida, alterna con la vegetación mayor, con la madera fina que después será hecha clave para el son. Pero esta misma condición de paraíso virgen, habrá de ser dominante superior para la pobre cultura marinera de taínos y siboneyes.

Ningún trabajo del hombre es despreciable, no hay pueblo sin cultura según enseña la antropología; aquellos hombres hicieron su labor histórica a servir de puente cultural y de crisol para la nueva raza.

Hoy en el habla cubana está parte de su habla el mismo nombre de Cuba viene de allá y por la historia desfilan como grupo explotado e incomprendido. Del Batey y del areito sólo quedaron sus nombres; la plaza española substituyó al primero y otros cantos y otras danzas, al segundo, pero las voces se mantienen vivas, y poéticas y nostálgicas nos llevan hasta el Matto Grosso en Brasil, desde donde se cree llegaron estos pobladores de Cuba. Dice la historia que al anochecer de un 27 de octubre de 1492, Colón descubrió Cuba. Navegando por la Costa Norte de la Isla se dejó ver de los indios que desde entonces ya no tuvieron paz.

Nuevas formas de ser y de parecer de los hombres inundaron la Isla y un huracán antes no conocido trastrocó la vida primitiva; el paisaje comenzó a transformarse y los nuevos modos de explotación ganaron en eficacia y también en dolor.

La extracción del poco oro arrasó bosques y poblaciones indígenas, la ganadería, la madera, el tabaco, el café, la cera, la miel, frutas, animales domésticos, minerales de cobre y sobre todo el cultivo y la explotación de la caña de azúcar, se fueron perfilando como las actividades principales de la economía cubana. Y el negro, objeto de comercio en las manos del Portugués Reynel, pasaría como esclavo a Cuba, para luego ser hombre libre y factor de la nacionalidad cubana.

Corren los años, y muchos que fueron poca cosa en España se hicieron señores en Cuba, y así la Isla se convirtió en escuela de conquistadores, tierra codiciada por bribones y tumba de soñadores.

Señora de la guerra por muchos años, España, como ninguna otra nación, estaba preparada para la conquista, aunque menos para hacer progresar estas tierras. Así, por mucho tiempo, América sólo conoció de saqueos, de feudalías y poco de actividades mercantiles, industriales y financieras, preludio éstas del capitalismo que tarde llegaría al Nuevo Mundo.

Se le fue haciendo grande y complicado el Nuevo Continente a España; el proyecto colonial se cascó por falta de imaginación y un día comenzó a florecer la insurgencia popular. En Oriente, por donde llega la luz, le nacieron muchos héroes a Cuba y en la Demajagua se inició lo que hoy es un territorio libre de América.

Dicen los oceanógrafos que el mar de los Sargazos es como una caldera. La luz del sol llega hasta las profundidades para calentar agua y vegetación y el agua así calentada se mueve para dar nacimiento a la corriente del Golfo, a la que Franklin le plantó el "Gulf Stream" y casi la hizo su corriente. Pero no sólo las aguas se mueven por los mares para formar circuitos, otros movimientos se producen en esta dilatada región del Atlántico y así sabemos que los vientos forman también circuitos originados en el diferente calentamiento de la tierra y el agua.

El agua y el viento dan lugar a los ciclones, a los huracanes, a las lluvias y también al suave alisio, a las brisas y al rocío. Sin embargo, son los vientos los señores de la región y Cuba, por su posición, parece una rosa de los mismos.

"Chesterton contó una vez una bella e ingeniosa parábola acerca del viento y de los árboles, en el que éstos representaban todas las cosas visibles y aquél las invisibles. El viento es el espíritu que sopla donde place, es filosofía, religión, revolución, los árboles son las cosas materiales del mundo, que son sopladas donde el espíritu quiere soplar, son ciudades, y civilizaciones. Y escribía el autor de *La esfera y la cruz*: Nunca en la historia del mundo ha habido una verdadera revolución, brutalmente activa y decisiva, que no haya sido precedida de inquietud y nuevos dogmas en la región de las cosas

invisibles. . . El viento se cierne sobre el mundo antes de que en el árbol se mueva la menor ramita”* Sopla el viento sobre la región, pero hay naciones como robles, a las que no se les mueve ni una sola rama.

* Largo Carballo, Antonio, *en América Latina*, de Jacques Lambert, Editorial Ariel. Barcelona, 1978.

EL VUELO

La noche ha cerrado sobre el mar y la sensación de que se vuela a ciegas, disminuye por los reflectores y las luces interiores del avión.

Un suave viraje que sólo se advierte por el anuncio del piloto nos dirige hacia Mérida, a la altura de ésta otro más con rumbo a la Habana, serán las únicas deflexiones del vuelo.

Se sirve la cena: ensalada de verduras, pastel de carne, pollo en vino blanco, pasteles de vainilla y de chocolate, café y refrescos, ayudan a mitigar esa especie de vacío que produce el hambre y que parece avivarse en los viajes.

Ya anuncian el arribo, escuchamos las instrucciones sobre el aterrizaje, los informes del tiempo, y justo cuando entregamos las formas de inmigración y la declaración de valores, aparecen a lo lejos las luces de la ciudad. Primero a la izquierda, luego a la derecha y después por todas partes se nos muestra la Habana.

Ha quedado diferido el deseo de ver esa por-

ción del Mar Caribe otrora tan navegada por figuras en la historia de México y del mundo; se han atemperado también las molestias por la prolongada espera en la ciudad de México y ahora todo mundo piensa en el presente que, según dicen algunos pensadores, es una especie de futuro actual. Sin embargo, a cambio de esas contrariedades hemos disfrutado de la visión del trópico, que aun desde el aire, siempre resulta rico en recursos, en sorpresas y color.

Cuando dejamos el aeropuerto de México, en todo el horizonte amenazaba la lluvia, y ya en pleno vuelo las nubes de tormenta se alternaron con otras menos amenazadoras —gordas y blancas como el algodón— que daban la idea de que el avión dormía sobre ellas cuando la nave pasaba por arriba.

Conforme avanzamos se fue despejando el horizonte y al llegar a la costa aún pudimos apreciar esa frontera, siempre interesante, donde se tocan la tierra y el mar y que desde lo alto es también guardarraya de color; atrás, el verde tropical y los espejos de las lagunas y de los ríos; adelante, el azul marino que pronto se torna obscuro y luego desaparece. Sólo en el alto cielo persistirán los colores del crepúsculo, que también acabarán de perderse; después, la obscuridad.

El avión se dirige a la pista y suavemente, con la pericia de muchos aterrizajes en el haber del piloto, llegamos al aeropuerto de José Martí.

El descenso es rápido, se nota la prisa por abandonar el avión. Llegamos a un primer mostrador en donde nos reciben cordialmente y luego nos pasan a cubículos en los que oficiales jóvenes revisan los pasaportes. En estas secciones se siente más el calor, pero los trámites no llevan mucho tiempo y pronto pasamos a la sección de equipajes, donde ya nos esperan los guías que nos acompañarán en todo el recorrido.

Abordamos los autobuses —construidos en España—, que resultan cómodos y frescos, y después de una razonable espera que se consumió en el llenado de formas para el hospedaje, partimos por la Avenida Rancho Boyeros, amplia y bien iluminada. A lo largo de ésta proliferan las consignas revolucionarias, en las esquinas grupos de cubanos esperan el camión y aprovechan el tiempo para departir, la Habana es una ciudad parlera y sus habitantes gozan comunicándose.

La vegetación tropical, el clima cálido que se adivina allá afuera, las edificaciones, los múltiples parques y otros motivos, son indicadores de esta hermosa ciudad que comienza a develársenos. Después, a la luz del día siguiente, comprobamos por qué los cubanos de todas las generaciones han estado orgullosos de su ciudad y por qué los españoles primero, y los norteamericanos después, lamentaron perderla como centro de diversión.

A la altura de la Plaza de la Revolución la avenida se bifurca y toma el nombre de Independencia

a la derecha, y el de Carlos Manuel Céspedes a la izquierda; por la primera seguimos para tomar la calle G, luego la 23 hasta la O y a poco de transitar por ésta llegamos al Vedado, Hotel de viejo cuño varias veces modificado y que fuera residencia por algún tiempo, en su vida de exilio, del poeta español Juan Ramón Jiménez.

Apenas instalados nos llevan al comedor y a las 12 de la noche, hora de Cuba, nos sirven la cena. Con caras sonrientes, abdómenes abultados, entre bostezos, comienza el desfile hacia las habitaciones para concluir este primer contacto con la tierra cubana.

LA CASA DE CARPENTIER

Decía Alejo Carpentier que las calles de la Habana Vieja fueron construidas sabiamente por los españoles.

Angostas y de fachadas altas para que el sol se asome por ratos al mediodía, son en cambio una invitación para el correr de la brisa. Así las terrazas y los balcones que a manera de fortines son los primeros en padecer al huracán, tienen prioridad en el disfrute del fresco alisio.

La callecita de Empedrado, que nace en el costado poniente de la Catedral y termina en la Avenida de Bélgica, es una de estas típicas calles de la vieja ciudad.

Olorosas a humedad y también a historia, cada esquina tiene algo que contar, lo mismo de ciclones, de piratas, que de revolución; pero también de la vida cotidiana que no por tener ese carácter deja de ser historia. Ciertamente que esta no llega con frecuencia a las imprentas, pero entonces el pueblo la recoge para cantarla, declamarla, o decirla de

mil formas y hasta bailarla, y así convertida en rica noticia del ayer, se refugia en el folklore, en la leyenda.

A pocos pasos de la Catedral y vecina pared con pared de la Bodeguita del Medio, catedralil también, sólo que de la gastronomía cubana, se encuentra la que fuera casa de la Condesa de la Reunión y hoy de Carpentier.

Ahí, en el 215 de la citada calle, el Gobierno cubano fundó el Centro de Promoción Cultural que lleva el nombre del gran novelista y que preside su viuda la señora Lilia Esteban, a quien entre otros, dedicó *El Siglo de las Luces*, novela en donde vuelve a reconstruir para la historia y para la literatura, la casa que en lo futuro se dedicará a los estudios de su obra.

Ocho delgadas columnas sostienen el techo del balcón que corre a lo largo del frente y así que desembocan tres grandes ventanas simétricamente distribuidas. Abajo del balcón central, pero en la parte de arriba, a uno y otro lado de la puerta principal, dos ventanas chicas se adornan con sus respectivos balconcillos y abajo, en los lados de la puerta de acceso, cuatro ventanas, dos y dos, completan la fachada.

Adentro se encuentran varios objetos que pertenecieron al famoso novelista, su máquina de escribir, algunos de sus libros traducidos a varios idiomas,

fotografías; libros de consulta, manuscritos y otras cosas.

Construida para vivir bien, como vivían españoles y criollos ricos del Siglo XVIII, y más tarde la burguesía cubana, la casa sólida, maciza, se prodiga en balcones y balconcillos que merced a persianas también sabiamente construidas, estrangulan el aire que ya en el interior se expande para refrescar las habitaciones.

La visita, muy brève, nos sitúa al inicio de la novela y cuando salimos no podemos resistir la tentación de coger el aldabón de la gran puerta y llamar como lo hizo "Víctor Hugues, Negociant a Port-au-Prince".

Ya en la calle bocanadas de aire cálido saturado de fritura nos remueven el apetito y cuando decididos nos encaminamos a la Bodeguita, nos dan la mala noticia de que aun no es hora de servicio, aunque ya huela bastante bien. Pero como dice el dicho que el que tiene hambre en pan piensa, no dejamos que el famoso escritor se nos escape del pensamiento y tampoco su libro *El Siglo de las Luces*, y es así como recordamos —por el momento no queda otro recurso— aquél banquete pantagruélico:

Desembarcóse al día siguiente en una costa desierta y boscosa, donde sabía el piloto L'Ami du Peuple —zambo de caribe y negro, nacido en la María Galante, a quien su conocimiento del ámbito antillano confería una real autoridad— que

había cochinos salvajes como para hacer un bucán a la altura de los vinos que se pondrían a refrescar en las bocas de unos manantiales. No tardó la caza en organizarse, y los animales traídos, conservando todavía en las trompas un furioso encogimiento de jabalíes acorralados, pasaron a manos de los cocineros. Después de limpiarlos de cerdas y pellejos negros con escaramodes de pescado tendieron los cuerpos sobre parrillas llenas de brazas, de lomo al calor, con las entrañas abiertas —tenidas abiertas por finas varas de madera. Sobre aquellas carnes comenzó a caer una ténue lluvia de jugo de limón, naranja amarga, sal, pimienta, orégano y ajo, en tanto que una camada de hojas de guayabo verde, arrojada sobre los rescoldos, llevaba un humo blanco, agitado, oloroso a verde, —aspersión de arriba, aspersion de abajo— a las pieles, que iban cobrando un color carey al tostarse, quebrándose a veces, con chasquido seco, en una larga resquebrajadura que liberaba el unto, promoviendo alborotosos chisporroteos en el fondo de la fosa, y cuya misma tierra olía ya a chamusquina de verraco. Y cuando faltó poco para que los cerdos hubiesen llegado a su punto, sus vientres abiertos fueron llenados de codornices, palomas torcaces, gallinetas y otras aves recién desplumadas. Entonces se retiraron las varas que mantenían las entrañas abiertas y los costillares se cerraron sobre la volatería, sirviendo de hornos flexibles, apretados a sus resistencias, consustanciándose el sabor de la carne obs-

cura y escueta con el de la carne clara y lardosa, en un bucán que al decir de Esteban, fue "Bucán de Bucanes", "cantar de cantares".

Cuando llegamos al hotel, después de haber recorrido Miramar y Almendares, con regreso por la calle 23, desde la que vimos el Cementerio de Colón, el hambre parece habérsenos subido del estómago a la cabeza.

El pollo que nos sirven resulta sabroso y en algo nos aparta del Bucán de Bucanes, aunque a decir verdad, mucho nos hubiera gustado probar el lechón asado que sirven en la Bodeguita del Medio.

* Carpentier, Alejo: *El siglo de las luces*. Seix Barral. Barcelona, 1980.

EN EL MORRO

Por la gran herida se le fueron el alma y la sangre al viejo Castillo. Sus cañones quedaron silenciados, a su capitán le partió el pecho la metralla y sus bravos defensores no aguantaron más el cansancio y las heridas. Fue hasta entonces que los ingleses se apoderaron de la Habana.

Revestidos de soldados, pero con mañas de piratas, pelearon denodadamente por el botín y también por su rey. Conquistada la fortaleza del Morro, lo demás fue cosa fácil.

La vieja obstinación española, hija predilecta del ensueño feudal, que frecuentemente derivara en imprevisión y flojera, habría de producirle muchos descalabros a la metrópoli imperial y grandes penalidades a las colonias.

Por el viejo canal de las Bahamas, tan conocido de los españoles, llegarían los ingleses para sorprender a los defensores de la plaza; en espera frustrada quedarían Prado Portocarrero y Hevia, los ingleses no doblarían por el Cabo de San Antonio,

no harían el recorrido esperado por el sur de Cuba, tampoco llegarían procedentes de Jamaica.

Silenciosos, aprovechando los viejos mapas españoles del canal, y al amparo de la noche, con el sigilo aprendido en el corso, cruzarían la parte más peligrosa entre Cayo Lobo y Cayo Confites, guiándose por grandes lumbradas que aluzaron el cielo y el mar, pero que ningún español logró ver. Cuando los defensores de la Habana se dan cuenta, la flota ya navegaba adelante de Matanzas y para el 7 de junio comienza el sitio de la ciudad.

La defensa, tan apresurada como errónea, le dio al enemigo más ventajas de las que necesitaba y sólo el viejo molde guerrero de Albemarle, el inglés que comandó el ejército de tierra, hizo que el sitio se prolongará.

Se ha combatido a lo largo de casi dos meses; Albemarle sigue en su obstinación de conquistar el Morro, tan heroicamente defendido por Velasco, dejando la alternativa que parecía la mejor, de tomar la Cabaña y desde ahí el reducto y en seguida la ciudad.

Un día en el campamento inglés priva la calma de la siesta, el mar ahora tranquilo pronto se agitará con la entrada de los huracanes, pero mientras llegan estos, el cielo de julio luce despejado y todo parece metido en la calma de la tregua, cuando una explosión hace estremecer la vieja fortaleza y por la cicatriz hoy centenaria irrumpen los granaderos ingleses para apoderarse del viejo reducto es-

añol. Después, desde el Morro y luego desde la
abaña se acallaron los cañones del Castillo de la
unta, y la defensa de la ciudad se desmorona.

El general vencedor se llevó la parte del león
de la victoria aunque poco se haya expuesto y con-
tribuido a ella, pues según la hipótesis de un inglés
de nuestros días, entre más generales hay en com-
bate en un bando, menores son las probabilidades
de bajas en el enemigo.

Así la hipótesis de Parkinson parece haberse con-
firmado siglos antes de formularse y precisamente
en el sitio de la Habana, pues Albemarle bien pu-
diera no haber estado en el frente; de todas formas
los ingleses hubieran ganado y por supuesto que
con menores pérdidas en hombres. Sin embargo,
cuanto al botín, la hipótesis tiene sentido inver-
so; Albemarle se embolsó más de ciento veinte mil
libras esterlinas mientras que los soldados no alcan-
zaron más allá de las cuatro libras.

El héroe popular de esta jornada sería Pepe An-
tonio (José Antonio Gómez) cuya actividad guerri-
era se vio entorpecida por la incomprensión del
coronel español Caro. Y mientras Prado Portoca-
rero y Hevia regresarían en desgracia a España, a
la familia de Velasco se le colmó de honores.

Todavía pica el sol en las alturas del Morro,
aunque la brisa hace tolerable la tarde de julio.
Mientras el guía nos cuenta historias del viejo cas-
tello, contemplamos el mar por la herida de la que

ayer brotó sangre y dolor y hoy es un testimonio más de la agresión.

Desde arriba se domina la Bahía y la ciudad, el malecón serpentea con su rosario de columnas, la tarde cubana se va cargando de nubes que al reflejarse sobre el mar se pintan de azul. Después comenzará a llover y entonces las calles de la Habana se vuelven líquidas y parecen caminar hacia el mar, mientras una población conocedora de su clima se resguarda un poco de la lluvia, sabedora de que al rato la tarde lucirá otra vez roja antes de morir.

Construido con sillares marinos, a los que la erosión parece haberles hecho menos daño que los mismos hombres, el Morro es uno de los grandes símbolos de la Habana. Desde sus alturas un día de fines de enero de 1959, Ernesto Guevara vio la entrada de Fidel Castro a la ciudad.

EL MUNDO DE LA OSMOLOGIA*

OLORES Y SABORES DE LA CIUDAD

Si todas las cosas que huelen también tienen sabor, y aunque autónomos en sí mismos el sabor y el olfato, constituyen el binomio que mejor se coordina de todos los sentidos. Ni la vista y el tacto, ni el oído y la vista, tienen mejor coordinación, por eso los grandes comedores empiezan por el olor de las carnes y de vinos y por esa misma razón cierran la nariz ante las cosas desagradables, con la esperanza de que al tragarlas nos sepan menos feas. Como el mar, los bosques y los campos, las ciudades también tienen sus olores.

La vista nos da la noción del espacio y con ayuda de la luz clasificamos los colores y las sombras. El olfato nos informa de la casa y de la calle; el tacto descubre la plaza, el templo, el palacio, los cen-

*del griego, *osmé*, olor y *logos*, estudio o tratado.

tros de trabajo, los de recreo y nos lleva hasta los límites, ahí donde termina la ciudad y empieza el campo. Nos muestra la pintura, la escultura, la nube y el cielo.

Con el oído recogemos el habla ciudadana, el canto, la música y hasta la danza. A él nos llegan los sonidos y los ruidos para descubrirnos el alma sonora de la ciudad.

El tacto nos permite conocer la tersura de sus mármoles y monumentos, de sus cristales y sus vidrios, de los metales bruñidos y de los enrejados. Este sentido hermana como ningún otro a la artesanía con la industria y a ésta con el arte. Por ello ha contribuido tanto al desarrollo de la cultura material.

◦ Sin embargo, de todos los sentidos, son el gusto y el olfato los que más nos adentran en el cuerpo y el alma de la ciudad. A través de ellos llegamos a la gastronomía, razón de nuestra existencia, para la que trabajamos todos y es además, "productora de verdaderos goces, pues el placer de comer, tomando con moderación, es el único que no produce fatiga". Por eso en el estudio de la ciudad debe intervenir la Osmología y ahora más que nunca para librarla de los malos olores.

La Osmología en su conjunto constituye una rama de la ciencia o por lo menos de la ingeniería a la que contribuyen, la física, la química, la biología, y ramas de éstas como la termodinámica, la meteorología, la ecología y otras más.

Tendrá como función el estudio de la producción, la transmisión, la medición y el control de los olores, a fin de hacer proliferar los que son agradables y sanos, así como aquellos que nos den noticia del peligro.

Así esta rama del conocimiento no sólo promete ocupación al ingeniero, al arquitecto y al urbanista; es campo también para el médico, el antropólogo; el economista y hasta para el legislador, pero sobre todo es territorio de promesas para el científico en lo que se refiere a la comprensión de los procesos físicos del olfato.

La técnica nos explicará la proliferación de los olores, la física, los procesos físicos y con la cultura como herramienta, tal vez hasta podamos asignarle estadios y con éstos historia.

En los primeros tiempos los olores dominantes brotaban de la montaña, de las planicies y del mar.

La fragancia de las flores y de los árboles, la fruta colgada de la rama o caída sobre el suelo hasta podrirse, el cieno de los pantanos —primeros productores de gas metano— la brisa salobre y hasta la lluvia, que, aunque inodora e insípida en sí misma, aviva los aromas, fueron el mundo virgen de la Osmología.

Después el paisaje comenzó a oler a humanidad y el humo, que llegaba a la vista como señal de la quemazón, ya no tenía necesariamente carácter accidental. Ahí donde había fuego podían estar los nombres atareados en desbrozar, edificando la tos-

ca habitación, cocinando después de la caza, en la fabricación de herramientas o fundiendo minerales. Así los olores se ligan al trabajo y proliferan conforme se acrecienta la cultura.

Hoy sobre nuestras ciudades flotan nubes pesadas, diferentes a las conocidas y siempre cargadas con vapor de agua; el cielo, de azul se torna gris, y fétidos olores llegan hasta el corazón de la ciudad e inundan la casa como heraldos mugrosos de una nueva sociedad. Alentar la fragancia primitiva, eliminar o por lo menos atemperar los fétidos olores, generar otros agradables y no dañinos, serán tareas de la ingeniería osmológica, que reclama la ciudad. Sin embargo, el asunto rebasa el interés técnico y se proyecta como preocupación ciudadana, así encontramos que desde hace años se busca el olor característico de las ciudades.

Decía un humorista español que París huele a perfume, Lisboa a cebolla, Roma a orines, Chicago a embutidos y Alicante a turrón. ¿Podría agregarse que Pitsburg a fundición, México a smog, Calcuta a humanidad y Atenas a nostalgia?

¿Y a qué huele la Habana? "El olor de la harina almacenada en la parte vieja, las cajas de embalaje recién abiertas, el olor del café tostado y el olor del tabaco", fueron olores consignados por Heminway. Para nosotros la Habana huele también a guiso criollo.

Heredera de la cocina española, que tomó de la mediterránea su gusto por el ajo, la cebolla, el oré-

gano, la pimienta y otros condimentos, la cocina cubana tiene buenos olores y también buenos sabores.

Colón vino en busca de especias como el clavo, la pimienta, la canela y la nuez moscada, que en tierras de América no encontró, pero los españoles pronto dieron con la vainilla que desde entonces se incorporó como especia codiciada por su sabor y su aroma.

Con el tiempo habrían de agregarse a la mesa española el plátano, el aguacate, la piña, el cacao, la papaya, el mamey, la guayaba y otros frutos de la tierra americana, para dar nacimiento a la cocina criolla. Y aunque la caña de azúcar no es originaria de Cuba, arraigó tan fuertemente en la Isla que ha llegado a ser el cultivo nacional por excelencia. Hoy toda Cuba tiene olor a caña y de sus troneras sale el ingrediente principal del "mojito", otro sabor orgullo de los cubanos.

En la Habana la brisa se refuerza por la corriente del Golfo, que baña a Cuba desde Pinar del Río hasta el Oriente. Esta circunstancia ayuda a la propagación de los olores; así sobre el alisio cabalga el aroma de la fritura para excitar el apetito, activar la secreción de los jugos gástricos y preparar a los comensales a una buena digestión.

Especias, condimentos y hierbas de olor, realzan el sabor de los alimentos invitando a los hombres a la ceremonia de la mesa.

Pregones sin palabras, con la fuerza de una or-

den y la suavidad del convencimiento, los olores de la buena mesa resultan el mejor de los vínculos entre los hombres.

Por las calles de la Habana nos alcanzan los aromas, a la mitad de la acera, al doblar una esquina, al frente del hotel, o hasta los altos del mismo, llegan para traernos la noticia del lechón asado, de las papas fritas acompañando a la costillita encebollada, del pollo a la criolla o en adobo, del plátano machacado a puñetazos y luego bañado por un aceite ardiente y dorado.

La Habana huele a tabaco, a harina almacenada, a café tostado, a caña y a ron. Huele a humedad centenaria de esa que hiende la piedra y donde tan vieja toma un color verde-antiguo; huele también a brisa de ayer y de hoy, pero sobre todo huele a fritura criolla.

Así entre vivencias, reflexiones y estudio, se ir perfilando esa nueva tecnología que habrá de contribuir para mejorar la ciudad, sitio de la historia de ayer y de mañana.

A VARADERO

A lo largo de la costa se dilata la autopista a Varadero y sólo se aleja un poco antes de llegar a Matanzas, para luego acercarse nuevamente y así permanecer hasta la Península de Hicacos, donde se encuentra la playa más bonita de Cuba.

Uveros, hicacos y guanos, crecen junto a la costa de arrecifes negruscos, de aguas limpias y libres de cayos. A la derecha, entre la carretera y el pequeño sistema montañoso que nace en el Bejucal y termina en Coliseo, terrenos ondulados dan cobijo a vaquerías y a pequeños poblados. Domina la vegetación tropical y sólo en tramos cortos el suelo parece perder su colchón de verdura y entonces surge algún campo petrolero.

Abunda la ganadería, pero en grandes extensiones se cultiva el henequén. Diversos tipos de palmeras se asocian al paisaje y parecen darse cita especial en el Valle de Yumurí, un verdadero mar de las mismas.

Localizado en las costas del norte, tiene el sello

caribeño, y así las tonalidades azules del agua, la claridad de la misma, la fina textura de la arena y el entorno general, lo hermanan con otras playas de ese mar que tanto gustó a Colón y a muchos otros.

Ocupados en los asuntos del oro, de los repartos indígenas, en futuras conquistas y de otras cosas de mayor relevancia, los primeros españoles tal vez hayan gozado poco de las playas de Cuba y en especial de esta de Varadero, que aunque ya consignada en los mapas del año de 1555 con la denominación actual de Punta de Hicacos, comenzó a ser visitada por españoles y criollos ricos sólo hasta fines del siglo pasado.

Aprovechada tardíamente para el turismo, desde el Siglo XVII se explotaron salinas en la región tanto por españoles como por los piratas que asolaron las posesiones de España, y por ello se robustece la idea de que en aquellos tiempos, en los descansos que dejaba el corso, fueran los que más disfrutaron de tan bellas playas.

Aquí Mister Dupont, lo reconocen los cubanos hizo mucho por el desarrollo del turismo y por supuesto que no se olvidó de sí mismo. Cerca de Varadero está la que fuera su casa veraniega en la que tenía una servidumbre de trescientas personas. Ya para 1926 el industrial norteamericano se había apoderado de la región y directa o indirectamente manejaba la parte substancial de las utilidades provenientes del turismo.

Después del baño viene la comida, reposamos un poco y regresamos a la Habana distante unos 160 kilómetros. Al pasar nuevamente por Matanzas, el río que cruza la ciudad y una tienda parecida a las que proliferaban en las ciudades chicas de México y que todavía se ven en poblados grandes, nos metió a reflexiones y recuerdos.

“Antes que más pase adelante, y aunque vaya fuera de nuestra historia, quiera decir por qué causa llamaban aquel punto Matanzas y ésto traigo aquí a la memoria por que me lo ha preguntado un cronista que habla su crónica cosas acaecidas en Castilla. Aquel nombre se le puso por esto que diré: Que antes que aquella isla de Cuba se conquistase, se dió a través un navío en aquella costa, cerca del río y puerto que he dicho que se dice Matanzas, y venían sobre treinta personas españoles y dos mujeres, y para pasarlo de la otra parte del río, porque es muy grande y caudaloso, vinieron muchos indios de la Habana y de otros pueblos con intención de matarlos y de que no se atrevieron a darles guerra en tierra, con buenas palabras y halagos le dijeron que los querían pasar en canoas y llevarlos a sus pueblos para darles de comer. Ya que iban con ellos a medio del río en las canoas, las trastornaron y mataron, que no quedaron sino tres hombres y una mujer, que era hermosa, y llevó un cacique de los que hicieron aquella traición; y los tres españoles repartieron entre sí. Y a esta causa se puso aquel nombre Puerto de Matanzas.

“Yo conocí a la mujer, que después de ganada la isla de Cuba se quitó al cacique de poder de quien estaba y la ví casada en la misma isla de Cuba, en una villa que se dice Trinidad, con un vecino de ella que se decía Pedro Sánchez Farfán. Y también conocí a los tres españoles, que se decían el uno Gonzalo Mejía y era hombre anciano, natural de Jerez, y el otro se llamaba Juan de Santiesteban, y era mancebo natural de Madrigal, y el otro se decía Cascorro, hombre de la mar, natural de Moguer. Mucho me he detenido en contar cosas viejas, y dirán que por decir una antigüedad deje de seguir mi relación. Volvamos a ella”.

Sabrosas palabras de Bernal Díaz del Castillo, soldado de la conquista, que mucho trotara por Florida, Cuba, México y Guatemala. En esta última, como se sabe, dictó a sus hijas la Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España, libro singular del cual hemos transcrito la noticia sobre el nombre de Matanzas.

Matanzas es pues, una ciudad vieja de Cuba, capital de la provincia del mismo nombre; sus calles, casas y otras edificaciones denotan reciedumbre y la historia nos habla de viejos y renovados afanes culturales y de progreso. Consumidora y distribuidora de los productos agrícolas del Valle de Yumurí, Matanzas a su vez proporciona los productos industriales a las localidades de la que es centro comercial.

Se explica por ello el tipo de tiendas o alma-

cenes tan comunes en México y otros países, que fueron los antecesores del supermercado actual. Aquellos establecimientos tenían de todo, su ambiente era más acogedor, de mayor colorido y los productos que se compraban duraban más; ¿será que los productos de hoy se fabrican con la idea de que se tiren mañana?

No lo sabemos; por lo pronto este tipo de establecimientos comerciales de ayer, verdaderas misceláneas, nos ha hecho recordar el pasado inmediato, aún vivo en algunas regiones aisladas de nuestro país y que si no fue mejor que el presente, no arremetió tan duro contra los recursos naturales ni ocasionó tantos derroches y desperdicios.

Seguimos el camino hacia la Habana y al llegar a los límites de la provincia de Matanzas, nos detenemos, casi a la orilla del camino, subimos por una estrecha escalera hasta donde se encuentra un mirador y más arriba de éste un restaurante. Desde ahí contemplamos la parte norte del Valle que se adentra hasta tocar el mar y al parejo del mirador es tal la profusión de palmeras, que el sitio parece un mar de las mismas.

Llueve cuando llegamos a la Habana, atrás quedaron la Ronera de Habana Club, Sta. Cruz del Norte, Guanabo, Sta. María del Mar y Habana del Este. Al cruzar el túnel de la bahía huele a humedad, pero la tarde nos recibe todavía calurosa.

Por la noche, al repasar los sucesos del día, recordamos con estimación a los simpáticos guajiros

que nos atendieron en el restaurante del Mirador, en especial a Ricardo León, que tan amablemente nos dio la receta del "mojito", la bebida nacional de Cuba.

Ron blanco, jugo de limón, yerbabuena y azúcar; son los ingredientes de esta bebida que tiene sabor especial bajo el cielo de Cuba.

A CIENFUEGOS

Por la autopista que comunica a la Habana con la región del oriente, dejamos la ciudad con rumbo a Cienfuegos. A los lados se levantan edificaciones modernas donde antes sólo había bohíos, se nos explica que gracias a las microbrigadas de construcción el paisaje rural luce edificios que en el pasado caracterizaron a los centros urbanos.

En nuestro recorrido vemos esparcidas por el campo escuelas de educación primaria y enseñanza superior, como el Instituto de Ciencias Agropecuarias. No se ven lugares secos o que no tengan plantíos, la caña de azúcar sobresale, pero desde el autobús vemos sembradíos de plátanos, limones, aguacates, mangos y otros cultivos propios del clima tropical.

El verde lo cubre todo y sólo como salpicaduras en la sabana se ven los caseríos, los ingenios y las torres de las líneas de transmisión de la energía eléctrica.

Como en el viaje a Varadero, el cielo de Cuba

se ve lleno de gruesas nubes. De continuo los rayos del sol pegan sobre la tierra para remover el calor que la misma acumula con el sol alto del verano, luego alguna nube hace sombra y entonces la luz se torna difusa y el calor agobia menos.

Mucho antes de llegar a Sta. Clara dejamos la carretera principal y tomamos por caminos pavimentados, más angostos. Han transcurrido dos horas hasta la Central Austria, ingenio que sirviera de campamento principal a Fidel Castro durante la invasión a Bahía de Cochinos.

Hacemos una breve escala con la idea de recorrer el lugar, pero luego continuamos hacia la Laguna de Guamá en la Ciénaga de Zapata. A la derecha queda el camino a Playa Girón, que nos dicen se encuentra cerca.

De tramo en tramo vemos marizos de flores muy bien cuidadas y al fijarnos bien observamos que cada uno corresponde a una tumba. A lo largo del trayecto a Guamá, a los lados, descansa una parte de los jóvenes caídos en la defensa de Cuba.

Días antes, a la entrada de Matanzas, vimos un homenaje parecido a los que murieron en el asalto al cuartel de Moncada, sólo que ahí representado por grandes retratos de aquellos jóvenes.

GUAMA. Es un centro turístico que tiene como marco una gran laguna. Las casas de estilo taíno recuerdan al bohío en vías de extinción; troncos y yaguas (varas) fuertemente amarradas y a las que

se adosan hojas de palma, resultan frescas en esta ciénaga donde arrecia el calor y proliferan los mosquitos. Una serie de figuras estilizadas hechas de barro, con representaciones de la cultura taina, complementan este centro que muy cerca tiene al criadero de cocodrilos.

Entre 15 y 20 mil de estos animales pueblan una laguna que debe tener características especiales para la reproducción, pues todos los que pudimos ver, que fueron muchos, además de grandes relucían de gordos. A pesar de su aspecto primitivo y repugnante, trabajados por manos hábiles, la piel de estas criaturas se convierte en bonitas bolsas para dama, en billeteras, cinturones, zapatos y muchos otros artículos.

Hatuey, Caguax y Guamá, fueron los nombres de los caciques indios que opusieron tenaz resistencia a los españoles. Se cuenta que Casiguagua, esposa de Guamá, ahogó a su pequeña hija para evitarle que fuera víctima de la esclavitud. En honor a tal cacique, lleva su nombre este centro turístico edificado por la revolución.

El restaurante principal tiene la misma arquitectura que las otras construcciones, pero su acabado y el tamaño difieren. Los grandes troncos así como las varas lucen barnizadas, los ventanales muy grandes cubren todo su semicírculo y en el centro se eleva una trabajada escalera que remata en un mirador de unos veinte metros de altura.

Cuando llegamos, unos franceses comían en la

parte derecha y a la izquierda un grupo de ingleses. Mientras desocupaban las mesas rodeamos la barra que está al fondo del jacalón y al compás del conjunto musical que ameniza la comida pronto metimos barullo. No sabemos si para calmarnos o porque a los turistas que nos precedieron se les acabó el tiempo, pronto nos instalaron y sirvieron de comer.

Nuevamente tomamos la carretera hacia la Central Austria y adelante de ésta torcemos a la derecha rumbo a Cienfuegos.

El paisaje se repite, la sabana se dilata con horizontes en verde, sólo que en esta parte abundan los bohíos ya modificados. La gran mayoría mantiene sus techos de palma, pero las paredes ya no son de troncos sino de mampostería. Los hay también con techumbre de teja y paredes de ladrillo, o sea, que aunque persiste la forma, ha cambiado el material. Por ésta y otras manifestaciones se advierte que el campo cubano ha recibido el mayor impulso de la revolución, aunque ya empieza a despuntar con gran vigor la industrialización.

Antes de llegar a un poblado de nombre los Abreu, comienza a lloviznar, se oscurece la tarde y sin apretar la lluvia, nos acompaña hasta más allá de Aguada de Pasajeros, poblado de regular tamaño y que antaño tuvo funciones de aguaje. Se despeja un poco el cielo y todavía con bastante claridad, llegamos a Cienfuegos.

OIENFUEGOS. El hotel en el que nos hospedamos queda a catorce kilómetros de la ciudad, ahí donde se estrecha la bahía y se forma la entrada a la misma. Bautizado este sitio por los españoles como "pasa caballos", ya que por ahí transportaban sus cabalgaduras de uno a otro lado de la bahía, el hotel ha tomado ese nombre.

Desde ahí se domina la bahía que se prolonga hacia el norte, el Caribe se dilata por el sur y al oriente se dibuja el perfil de la Sierra del Escambray y las Alturas de Trinidad.

Hacia el oeste la vista no tiene que viajar mucho, pronto se detiene frente a un poblado de pescadores que se apretuja desde lo alto de la loma y baja por ella hasta la orilla. Casas de techos rojos con muros de diferentes colores se juntan para formar calles retorcidas e inclinadas que se adentran hasta el mar cabalgando sobre fuertes pilotes. En lo alto, como vigía del pasado, se destaca la vieja fortaleza española de Jagua. Construida en 1738 para la defensa de la bahía, de lejos sólo apreciamos su cuerpo, pero no las cicatrices que deben de ser muchas.

Piratas ingleses, franceses y holandeses asolaron por siglos las costas de Cuba y nunca perdonaron a España la audacia de habérseles adelantado a sus gobiernos en la explotación del Nuevo Mundo.

Ya las fortalezas de poco sirven, la guerra tiene a su servicio nuevas formas de matar y los ataques se realizan a playa abierta. Sin embargo, la agre-

sión parece envejecer y luego renovarse en el delirio de los agresores.

Fundada tiempo después que las grandes ciudades de Cuba (La Habana, Santiago, Bayamo, Camagüey, Matanzas), Cienfuegos es hoy uno de los centros industrializados del país.

A la ciudad se llega por el Paseo del Prado, que atraviesa la ciudad de uno a otro lado; entre los edificios importantes están el teatro Tomás Terry, el Palacio Valle, que combina varios estilos arquitectónicos y el Cementerio Tomás Acea, de enorme portada, réplica del Partenón de Atenas.

Cemento, fertilizantes, equipos para riego por aspersión y una gran terminal de azúcar a granel, son entre otros, los giros industriales que distinguen a Cienfuegos.

Dos colores dominan en la región, el verde tropical y el azul del cielo y del Caribe, y a lo lejos, para romper la monotonía de la Planicie, se levanta la Sierra que se viste de los colores dominantes y sólo al anochecer se torna oscura y arisca.

Desde la terraza del hotel tendemos la vista a través de la tarde cubana y sentimos que nuestra ciudad está cerca, siguiendo la línea imaginaria llamada paralelo veintidós. Cerca también por la comprensión y el afecto del cubano que hace sintamos a Cuba como nuestra.

Cuba no puede sernos tierra ajena, por arriba de las peculiaridades, está la herencia cultural que nos hermana.

LLUEVE SOBRE EL ESCAMBRAY

Se apagan las luces de la alberca y sólo quedan encendidas las de la cabaña que se encuentra a un lado de la misma.

A lo lejos, por el sureste, la señal de un faro alterna con el relámpago de una tormenta que viene desde mar adentro. Todavía se ve el lucero de la mañana, pues a diferencia del cielo bajo, el cenit luce despejado. Poco a poco el sol brilla entre las nubes y entonces le da figura a las cosas y color al mar.

Un pajarillo se adentra en el mundo de la comunicación y de las señales, entretejiendo su canto con los destellos del relámpago y del faro. Poco después otro pájaro le contestará, como si fuera en burla, imitando el silvar de los arrieros.

Avanza la tormenta hacia la tierra por el camino de los huracanes. No cesa de relampaguear y de chorrear agua sobre el mar. Los hombres comienzan su trabajo y las primeras voces parecen venir en la brisa que llega hasta los altos del hotel.

¡Cómo duran las tormentas en Cuba! Esta que vimos desde el amanecer tal vez se haya originado en las Caimán, en el Golfo de Ana María o en otro lugar cercano del Caribe. Cuando llega a tierra firme parece recobrar la fuerza perdida en el camino y ya sobre la sierra aprieta con furia.

Las alturas de Trinidad y el Escambray, que desde la Bahía de Cienfuegos parecen un trapecio deformado, se ocultan por completo. Sobre los picos chicotea el relámpago y el trueno rueda hacia abajo por toda la sabana.

Cerca las aves revolotean y más lejos se alebresta un caballo que pasta desde la madrugada. Otra vez el cielo se obscurece, pero no llega hasta nosotros la lluvia.

Por fin brinca la tormenta sobre la sierra y se extiende por el plan en donde al fin muere para convertirse en manantial, en avenida; del ruido sólo queda el murmullo del arroyo, y del agua que se resume.

Agua y aire, eso son las neblinas, los ciclones, los huracanes, las nubes gruesas, flacas o aborregadas. De agua está formado el cielo azul, sólo que de tan gasificada presenta ese color. Así el aire, combinado con el agua y mediante el calor del sol, forman clima y son los generadores de todos esos fenómenos que a veces nos dan miedo, en otras nos deleitan y casi siempre nos benefician.

LA TARDE CUBANA

El día muere con la tarde y aunque en apariencia las tardes se repiten, en realidad son como los pensamientos, unos diferentes de los otros.

Hay días que nacen grises y mueren del mismo color, para llegar a nuestra memoria como película velada. Faltos de noticias y en apariencia inéditos, dan la sensación de no haberse vivido y sin embargo pesan como el lastre en las embarcaciones.

Hay otros de media luz con algo de especiales, y los hay plenos de sol, que avivan el entusiasmo. Sin embargo, lo que más caracteriza al día es el crepúsculo, prólogo de color al ocaso.

Así la tarde, llena de grises y de azules perforados por el rojo, que hace del horizonte una llamarada, es el mejor funeral para el día. Con muerte de gala el día da la sensación de ser completo; ya podrá venir la noche sin luna y sin estrellas; la inercia del crepúsculo hermanará a la tarde con el siguiente amanecer.

A falta de auroras boreales que en nuestras la-

titudes se ven cada cien años, el trópico tiene al crepúsculo como fiesta sideral. Con cielos cargados de nubes y de sol, de agua y de luz, cada día promete crepúsculos que no se olvidarán. Pero el atardecer no sólo es fiesta de colores; la tarde tropical siempre resulta amable por sus ruidos, cálida, marina y vegetal.

Del viejo Castillo de Jagua sólo se ve el perfil sobre el fondo rojo; después la sombra de la loma donde se asienta el poblado sube para cobijarlo, mientras a la derecha se prende un rosario de luces y entonces la bahía de Cienfuegos parece llenarse de fantasmas.

Como si viniera del fondo del mar, la noche trepa para inundar la bahía, cubre la loma y comienza a ganar la batalla al sol en la línea del horizonte. Después el incendio se desplaza cielo arriba y termina por perderse en el cenit insondable, infinito. Sin embargo, ya quedó en el recuerdo de los hombres una batalla más del sol contra las sombras, y al avanzar la noche se iluminará la memoria con un crepúsculo más.

ISMAELILLO, JUNTO AL MAR

Al bordeando las alturas de Trinidad, nos adentramos por primera vez en terreno montañoso. Se afirma el paisaje rural, proliferan los bohíos y los pequeños poblados. La continua presencia de jinetes arriando sus recuas o cabalgando solitarios, deja ver la importancia de este medio de transporte. Nos encontramos en la parte sur del sistema montañoso central, del que forma parte la Sierra del Escambray y que en unión de la Cordillera de los Organos al oeste, y el de Sierra Maestra al oriente, forman lo más sobresaliente de la orografía cubana. Como a treinta kilómetros antes de Trinidad, junto al mar y sólo a pocos metros de la carretera que comunica a Cienfuegos, Trinidad y Sancti Spiritus, y a esta última con la que corre a lo largo de toda Cuba, se encuentra Ismaelillo.

Edificios de techos rojos de dos aguas, paredés blancas, jardines amplios y bien cuidados, decorosas oficinas y playa caribeña que ve en dirección a las

Caimán, constituyen la parte física del campamento de pioneros.

Cuando llegamos, niños de caras alegres y todavía mojados, reciben galletas a manera de un te en pie. Pronto rodean a mi hijo Pepe y a Flavio, que son los niños del grupo y animadamente se ponen a platicar. También los mayores somos atrapados por una chiquillería alegre y comunicativa que no cesa de preguntar.

Rápidamente se organiza un conjunto y al compás de una guitarra que toca un maestro nos dedican canciones mexicanas.

El Sr. Blas Hernández, guía de un grupo que viene de Sta. Isabel de las Lajas, nos explica los objetos de estos campamentos. Aquí los niños vienen a pasar vacaciones y se aprovecha la estancia para contribuir a su formación y el afianzamiento de la moral socialista.

El deporte ocupa un lugar muy importante en la vida del cubano y estos centros, como muchos otros, ayudan a formar a los niños en la disciplina del mismo. El recorrido es breve, dejamos Ismaelillo con su rumor de niños y de mar, y por el camino a Cienfuegos comentamos la diestra ejecución de bailes y cantos cubanos, así como la interpretación del Negro Bombón, por un grupo de pequeños artistas.

Recordamos también la satisfacción del Sr. Her

nández y de su esposa cuando los enteramos de que aún se escuchan los discos de Beny Moré, artista originario de Sta. Isabel de las Lajas.

Regresamos a Cienfuegos a la hora de comer, y después, vuelta a La Habana.

TRINIDAD

Nos privamos del deseo de visitarla, pero no del de escribir acerca de ella.

A unos cuantos kilómetros del campamento de pioneros Ismaelillo, hasta donde hemos llegado, se encuentra Trinidad (1514), una de las siete ciudades más viejas de Cuba. Primero se fundó Baracoa (1511), de la que fue dos veces alcalde Hernán Cortés; después le siguieron Bayamo (1513), luego Sancti Spiritus, Trinidad, Santiago, La Habana y Puerto Príncipe.

Situada al sur del sistema montañoso central, y más concretamente de las alturas que llevan su nombre, Trinidad es toda ella un museo.

Sin haber tenido la oportunidad de pasear por sus calles, de asomarnos a sus casonas, de mirar desde sus balcones, de subir por sus escalinatas, de recargarnos en sus enrejados o contemplar la iglesia y saborear el tiempo aprisionado, las fotografías nos muestran una ciudad que por la incomu-

nicación y avatares de la historia pareció quedarse inmóvil, testigo de la época colonial.

Un día hace ya muchos siglos, llegó a ella Hernán Cortés. Vestido de ceremonia, y con pompa de Conquistador, mandó decir pregones, hizo acopio de bastimentos, reforzó la artillería y reclutó soldados y capitanes. Vecinos de aquella Villa eran Pedro de Alvarado y sus cuatro hermanos, Alonso de Avila, Juan de Escalante, Sánchez Farfán, Larcés, el buen jinete según lo señaló Bernal Díaz del Castillo, el famoso Cristóbal de Olid, y Ortiz el músico, el primero o uno de los primeros músicos de Cuba, y el primero en México, por supuesto que con los instrumentos musicales traídos por los españoles.

Ganados para la aventura por Cortés, se embarcan para la que sería la Conquista de México, y Ortiz compartiendo uno de los mejores caballos, apodado el Arriero, con un Bartolomé García, lo mismo alista las armas que los instrumentos musicales.

Notable tañedor de vihuela y de viola, y entonado además en los menesteres de la danza, al término de la Conquista fue premiado por Cortés con uno de los solares de la ciudad de México, donde instaló su escuela de música y danza.

Trinidad se fue quedando sola, eran muchos los caminos del Nuevo Mundo que llamaban a la aventura; ni las playas tranquilas, ni las aguas azules del Caribe retienen a sus varones. En vano espera

la campiña que la hagan producir, las manos para el trabajo andaban ocupadas en hacer la guerra y todavía no se poblaba el valle con la caña de azúcar.

Pero aun los sueños del oro y del poder tienen sus límites, ya muchas tierras tenían su conquistador y de ahora en adelante sobrarían los recuerdos y las frustraciones. Van regresando los que no alcanzaron gobiernos ni riqueza; otros hay que algo lograron, pero aquella comarca tranquila, de suelo jugoso, promete mediante el trabajo lo que no se alcanzó en las refriegas contra el aborígen y la naturaleza.

Arraiga la caña en el suelo de Cuba y la región de Trinidad no es una excepción, florecen los ingenios, la población crece y muchos, más que en la conquista, se hacen ricos. Abunda el dinero para la construcción de lujosas casas y también para lujosos mobiliarios, y es así como Trinidad surge próspera y así continúa por muchos años.

Pero esta población del Caribe parece compartir el destino de muchos de sus hijos o de los que se avocindaron por algún tiempo en ella para luego salir a tierras de América. A épocas de prosperidad siguen otras de decadencia ocasionadas por crisis económicas y movimientos de insurgencia, y así, un día, inicia una larga somnolencia que sólo habría de terminar al triunfo de la Revolución.

Sin carreteras, teléfono, energía eléctrica y otros renglones de la infraestructura económica; desapa-

recidos sus ingenios, que llegaron a sumar treinta, pareció detener en el tiempo.

Hoy, sobre la techumbre roja de tejas puede verse alguna hierba, también adherida a los marcos de algunas ventanas, pero estos no son los síntomas del abandono de antaño; la arquitectura tropical, modesta o suntuosa, no puede librarse del vigor de la vegetación, y así, con las grandes enredaderas propias para la decoración, anida la brocilla pegagosa.

Fortalecida la economía regional, dotada de escuelas secundarias y preuniversitarias, con instalaciones deportivas y para la conservación de la salud, acondicionados castillos y casonas como museos, Trinidad, que es un museo en sí misma, parece como dicen los cubanos, una ciudad con ángel y sin tiempo.

LOS SIMBOLOS DE CUBA

Una franja de tierra en forma de caimán, el sombrero guajiro sobre la cacha de un machete, la palma real que se levanta para alcanzar al cielo, pudieran ser los símbolos de Cuba.

Por supuesto que lo anterior es una apreciación necesariamente limitada. Un país es algo muy complejo para significarlo sólo por unas cuantas cosas u objetos; sin embargo, a veces se conviene en señalar algo como característico o referencial y entonces surge el símbolo.

La palma real, el caimán que abunda en las ciénegas, y al que con algo de imaginación se le encuentra parecido a la forma que tiene la Isla, el machete para el corte de la caña y de la maleza y sobre todo, el guajiro, puntal de la economía cubana, surgen como figuras en la historia de Cuba.

El mundo vegetal no tiene movimientos horizontales, o si los tiene son mínimos, limitados; cualquier animal dispone de mayor autonomía y por eso la planta, que de su inmovilidad adquiere e

nombre, necesita del viento o de la acción humana para su redistribución; así la caña de azúcar, originaria de la India o de por aquellos confines, llegó de traspaso en traspaso hasta el Caribe, en donde arraigó tan fuertemente que los ingleses llamaron a sus posesiones en la región Islas del Azúcar (Sugar Islands).

Dice la historia que Cristóbal Colón, en su segundo viaje, trajo la caña de azúcar a la Española y de ésta probablemente Velázquez la introdujo a Cuba. Ya para 1505 o 1506 se había comenzado a cosechar azúcar con resultados satisfactorios y futuro promisor en aquella Isla, por lo que no es de dudar que al pasar a Cuba los españoles, entre otras especies haya sido aquélla una de las trasplantadas. Sin embargo, sería hasta la caída del siglo dieciseis cuando empezaron a fundarse los primeros ingenios alrededor de la Habana y un siglo después, se tornaría poderosa dicha industria.

Cuando llegaron los españoles a Cuba, habilitaron las espadas como machetes; eran los tiempos de abrirse paso a golpes; a veces caía el indio y casi siempre el bosque. Por fin, al cargarse el acento en la explotación, el indio sucumbió y a punto de sucumbir estuvo la selva.

El territorio estaba cubierto casi totalmente de espesos bosques, de un extremo a otro. Muchas de las plantas que hoy constituyen la nota dominante del paisaje cubano no existían entonces. La transformación de la flora ha sido tan completa en mu-

chas partes, que independientemente de los demás cambios, los indios de Cuba no reconocerían, si volvieran a la vida, el país en que nacieron.¹

Parece normal que los hombres dominen a la naturaleza; sólo los ecólogos sienten en la violencia ejercida sobre el ambiente, una de las raíces de la violencia y de la desigualdad sociales.²

A lo largo de los años no ha dejado de escucharse el ruido del machete, la tierra desbrozada pronto se ocupa con la plantación de la caña de azúcar y entonces el golpe tiene que ser lo más abajo posible, "lo ideal sería bajo la tierra", según decía Reynoso, al hablar de las técnicas de corte en los cañaverales.

Los primeros machetes fueron españoles e ingleses, luego, apoyados en su calidad y bajo precio, se abren paso en el mercado los alemanes, que habrán de competir con los famosos Collins norteamericanos.

Cuando escapaba el esclavo para convertirse en cimarrón, el machete era herramienta, medio de sustento y arma en contra de los perros del rancheador. Prolongación de sus manos y de sus brazos, se convierte en objeto inseparable, a tajos del mismo se podrá perder la vida o ganar la libertad. Ya el machete se ha adentrado tanto en la vida del campesino que no se concibe al guajiro sin él.

Un día hay gritos de insurgencia apoyados con el filo del acero, los cubanos se juntan para hacer la guerra, cae José Martí en la batalla de Dos Ríos

pero otros próceres cubanos siguen su ejemplo, proliferan las cargas al machete y Cuba deja de ser colonia española.

Pero hay otras prendas que adornan y sirven al guajiro, y así el folklore nos revela en versos, afinidades de un continente, cosas de la herencia española que hermanó a los pueblos respetando las peculiaridades:

*Sobre la tierra la palma,
sobre la palma los cielos,
sobre mi caballo yo
y sobre yo mi sombrero.*³

Este y otros versos del llano venezolano bien pueden aplicarse a Cuba y a otros países; el uso del caballo y su gusto por él, hoy desafortunadamente en retirada, lo han compartido los pueblos de América. "Lo que más quiere el guajiro después de su amada es su caballo y su machete".⁴ Ya sólo falta agregarle una prenda de la cubanía, tal vez otro símbolo: la guayabera.

La historia de la guayabera no es muy larga, pues seguramente no cuenta con más de un siglo de existencia (ya se ha señalado que el Cucalamé nunca la menciona al describir la indumentaria del guajiro). Pero no por breve es menos gloriosa su trayectoria: los libertadores tuvieron la guayabera en condición de prenda del uniforme militar.

Especulando sobre sus orígenes, se ha dicho que es hija de la Filipina, de la cual llegó a estos para-

jes en ocasión de la trata de los chinos. Según otros, fue calcada sobre la guerrera española (no sólo es entallada como una prenda militar, sino su cuello es de guerrera). Parece probado que la guayabera es natural de Sancti Spiritus.

Esta comarca está regada por el río Yayabo, de manera que los espirituanos se llamaron antes ("yayaberos"), y de ahí adoptó su nombre la prenda que nos ocupa.

*Quiero un sombrero
de guano, una bandera.
Quiero una guayabera
y un son para bailar.*

(Canción tradicional cubana).⁵

Al hombre le gusta construir símbolos que son como puentes entre el pasado y el futuro; de esta forma alimenta la nostalgia y palia la incertidumbre. Lleno de pasado y de presente sólo se puede enfrentar al futuro con lo ya conocido que espera, aunque sea en una parte, reeditarlo el día de mañana. Y el símbolo parece ayudar a ello.

El diccionario define la palabra símbolo como: figura que tiene significación consecional. Atributo, divisa, emblema, insignia. Representación, etc. Los matemáticos y los lógicos dirán que el símbolo es un signo de signos, elegido cuidadosamente para evitar las confusiones a que se presta el lenguaje natural. Sin embargo, a la mayoría de las personas

les importa menos la definición que lo que representa, lo que informa.

El símbolo nos transporta desde el pasado hasta el futuro y así a las cosas inertes les damos vida para hacerlas viajar por la historia, tal vez por ello cobra carácter intemporal y arraiga tan fuerte en el ánimo de los hombres.

Una franja de tierra en forma de caimán, el sombrero guajiro sobre la cachá de un machete, la palma que se levanta para alcanzar al cielo, parecen los símbolos de Cuba. ¿Y Martí, La Habana, el Morro, la Ceiba y el Son?

- 1.— Guerra Ramiro.: *Manual de Historia de Cuba*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1980.
- 2.— Claval Paul.: *Espacio y poder*. Fondo de Cultura Económica. México, 1982.
- 3.— Gallegos Rómulo.: *Obras completas*. Tomo I. Editorial Aguilar. Madrid, 1959.
- 4.— Condesa de Merlin, en *El habla popular cubana de hoy*. Argelio Santiesteban. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1980.
- 5.— Santiesteban Argelio, citado.

LOS PERIODICOS Y LOS LIBROS

EL LECTOR DE TABAQUERIA

Los diarios de mayor circulación en Cuba son el *Granma* y *Juventud Rebelde*. De gran tiraje y amplia distribución, llegan hasta los más apartados rincones de la Isla. En ellos no se encuentran las columnas que abundan en los periódicos de nuestro mundo capitalista. Domina la noticia de interés nacional, el mensaje revolucionario, lo concerniente a logros colectivos, ayuda solidaria a otros países y el análisis de la política internacional.

Hay gran difusión también sobre cuestiones económicas, científicas, tecnológicas, de la literatura y el deporte. Sin pretensiones ni lujos en su confección, los materiales utilizados son buenos, no manchan las manos y no se rompen fácilmente. Los colores dominantes son el rojo y el negro, cuestan cinco centavos.

En Cuba se inició en firme el periodismo y otros aspectos de la cultura, al fundarse la Universidad

y la primera imprenta en el siglo dieciocho; en 1728 aquélla y en 1720 esta última.

El Papel Periódico, cuya fundación data del 1790, constituyó el primer diario formal, al que habrían de seguirle *La Aurora*, *El Regañón de la Habana*, *El Crítico de la Habana*, *El Filósofo de la Habana* y *Miscelánea Literaria*. Los dos primeros superaron a los tres últimos, cuya existencia fue corta.

Pasan los años y con ellos los periódicos que no llegaron a afianzarse; unos substituyen a otros hasta que surge *La Lucha*, diario de aspecto moderno y además combativo. Aparecen también *La Discusión*, *El Comercio*, *El Día*, *Cuba*, *La Prensa*, *El Mundo*, y el influyente y más antiguo de todos, *El Diario de la Marina*.

Sin embargo, habrían de ser diarios como *Avance*, *El Mundo*, *Habana Post*, *Información*, *Diario de Cuba*, *El País*, *Prensa Libre*, *El Crisol*, *Pueblo y Alerta Nacional*, los que darían la noticia, ante el silencio de otros, del asalto al Cuartel de Moncada y años después del triunfo de la Revolución.

Los libros y las revistas, como los periódicos, también son baratos. Así por ejemplo, *Los Pasos Perdidos*, libro de Carpentier, empastado en tela y buen papel, costaba en 1982 el equivalente de veinticinco pesos mexicanos; *El Ingenio*, también con pastas, en tela y tres tomos, sólo setenta y cinco pesos; un buen diccionario sobre el habla popular cubana, veinte pesos, y así en lo general. Las re-

vistas bien presentadas de unas noventa páginas, unos cuarenta pesos. Esta baratura de libros, periódicos y revistas, ha propiciado el crecimiento de un público lector que desde temprano se apiña en los puestos de periódicos y también en las librerías.

Sin embargo, el cubano, en lo general, ha sido un buen lector a través de los tiempos, cuando el libro era más caro y difícilmente podía llegar como hoy a grupos numerosos; en las tabaquerías, los torcedores de puros cooperaban para comprar ejemplares, que después eran leídos en audiencia colectiva durante el trabajo, por el que se conoce como "lector de tabaquería", trabajador éste que al correr de los años se hizo imprescindible en dichas factorías.

Hay lectores de tabaquería que en el curso de su vida han leído para este tipo de público más de 1600 novelas. José Martí decía que estos trabajadores que mientras trabajan escuchan a su lector, eran verdaderos "graduados de taller".

Hay anécdotas interesantes que señalan la trascendencia de esta actividad: "Armando Lombrillo, de 81 años, ex obrero del tabaco y actualmente miembro de la Comisión de Historia del Sindicato Tabacalero de Cuba, asegura que, aunque todos los tabaqueros tenían bajo nivel escolar, como resultado de la lectura diaria en los talleres habían adquirido cierto desarrollo intelectual sin saber, en ocasiones, leer ni escribir: todo lo que oían se les quedaba.

Yo conozco casos —sostiene— de tabaqueros que cuando se paraban en la tribuna eran una cosa maravillosa. Y el que los oía pensaba que eran muy instruidos, cuando en realidad eran completamente analfabetas.

Por su parte Pastor de la Morena, de 81 años, también miembro de la mencionada comisión, refiere: tuve un compañero Valdés, y después de estarlo tratando por espacio de más de quince años constaté que no sabía leer ni escribir.*

Sin embargo —agrega— ese compañero se paraba en las asambleas y era un tribuno grande.

La primera fábrica tabaquera en donde se implantó este tipo de lectura fue El Figaro, a la que siguió la de Jaime Partagás; sin embargo, el antecedente parece tener su origen en el Arsenal de la Habana, en el que existían dos galeras con presos torcedores de tabaco.

El primer diario en comentar favorablemente esta actividad fue *La Aurora* y el primero también, sólo que en atacarla, *El Diario de la Marina*.

Con interrupciones a veces prolongadas, al fin se afianzó esta actividad, y hoy el lector de tabaquería es un trabajador más, especializado en ese menester, y ya no tiene que recurrir para su sostenimiento a las aportaciones de sus compañeros.

* Martí Agenor: *Lectores de Tabaquería*. Revista *Cuba Internacional*, 9/82, página 45. La Habana.

LA PALMA REAL

Por todas partes de Cuba se ve la palma real. En las ciudades, en los campos, sobre los valles, junto al arroyo. Acotando cañaverales y avenidas, adornando los parques, solitaria o en grupo, la palma impone su presencia.

Alta y esbelta, parece de latón envejecido y sólo cuando es adulta le crece un abultamiento a la mitad del cuerpo. Gracias a su flexibilidad señorea cuando otros vegetales caen, por eso dicen que la palma guarda el secreto de los huracanes, ¿cómo adivinar su edad si no es por el paso de los mismos? A la palma debe gustarle el viento, pues al más leve soplo su cabellera revolotea a ritmo de coqueteo.

Recorriamos el parque Lenin y un plantío de palmeras jóvenes nos impulsó a reflexiones. Tienen las palmeras, sin los abultamientos de las mayores, lucían rectas, delgadas. Por momentos parecían cuellos de jirafas prestas a galopar y en otras líneas verticales, elogio a la geometría.

Con el movimiento del autobús parecieron cobrar desplazamiento horizontal y la vida vegetal casi cobró las proporciones de la vida animal. Después, a continuación de las jóvenes, aparecieron palmas adultas y con mi compañero de fila recordé aquel verso de Cantaclaro que parece dar a los vegetales personalidad y hasta condición social:

*Hasta los palos del monte
tienen su separación,
unos sirven para leña
y otros pa'jacé carbón.*

Los cubanos han hecho de la palma real el árbol nacional de Cuba y tienen razón, pues aparte de ser bonita, es útil. Aún después de ser abatida por el huracán, al que le sirvió para hacer música de selva, se prodiga en las paredes y en el techo del bohío, para detener la lluvia, atemperar el rayo del sol y hacer soportable al guajiro el clima tropical.

VIAJE POR LA NOCHE DE CUBA

Del Castillo de la Punta poco se conserva. Localizado ahí donde la tierra se adentra hacia el mar formó parte de las fortalezas para la defensa de la Habana. Sin embargo, las ruinas que ahí quedan parecen cobrar la reciedumbre de antaño, cuando orgullosa se levantaba la fortaleza de cara al mar.

El entorno, arreglado al estilo moderno, contrasta con un murete de fabricación colonial que aunque bien cuidado, no oculta las cicatrices de los años. Pero resalta, para el que llega hasta el pie del mismo, el aviso de la injusticia que ahí se cometió. Lugar preferido de las autoridades coloniales para asesinar cubanos, la explanada guarda los ecos de muchas vicisitudes.

A Cuba, como a México y a toda América, llegaron dos clases de peninsulares, generosos unos y por fortuna los más, y negativos otros, también por fortuna los menos. Voluntarios les llamaron en Cuba a estos últimos y su comportamiento no fue dife-

ente al de sus congéneres, que padecieron el resto de los países.

Irritados por la insurgencia de Carlos Manuel Céspedes, presintiendo el derrumbe colonial y con el deseo de sus privilegios, dieron salida a su rabia para cometer un crimen que lejano en el tiempo está presente en el recuerdo y todavía duele.

Un 27 de noviembre de 1871, a las cinco de la tarde, sonó una descarga de fusilería en la explanada de la Punta; pronto el ruido se extendió por toda la ciudad, rodó a lo largo de Cuba, brincó los mares y llegó a todas las naciones. Ocho jóvenes estudiantes de medicina, cuyas edades fluctuaban entre los 16 y los 19 años, fueron asesinados; el delito, haberse paseado en el carro utilizado para transportar a los muertos, poco antes de entrar a clases, además, a uno de ellos se le acusaba de haber cortado una flor del cementerio cercano a la Escuela.

Nada pudieron hacer por salvarles la vida los padres, otros familiares y los amigos. El presbítero del cementerio, Mariano Rodríguez, el Dr. Domingo Fernández y el Capitán Federico Capdevila, todos ellos españoles, tampoco fueron escuchados.

Condenados a muerte desde un principio Alfonso Álvarez de la Campa, Angel Laborde, Anacleto Bermúdez, José Marcos Medina y Pascual Rodríguez, ante la presión de los "voluntarios" que reclamaban más víctimas, se escogieron al azar a Carlos de la Torre, Eladio González y Carlos Verdugo;

este último ni siquiera había asistido a clases el día 22 de ese mes, en el que se inventó la profanación de la tumba del periodista "voluntario" González Castañón, por los que habrían de caer injustamente asesinados.

No era esta la primera sangre derramada en ese lugar; Don Ramón Pintó Facciolo, de sólo 21 años, Narciso López y muchos más, ahí murieron por querer desterrar la noche colonial sobre Cuba, pero si las ejecuciones anteriores indignaron, la de los jóvenes estudiantes aún parece dolerle al pueblo de Cuba.

EL TROPICANA

Entre las alturas de Belén y el Centro Escolar Ciudad Libertad, antiguo Campamento Columbia y último reducto de Batista, en el barrio de Marianao, se encuentra el Tropicana.

Las calles 45 y 72 marcan con mayor precisión el sitio de este famoso centro nocturno, que en sus comienzos sólo fue una parte de la quinta Villa Mina.

Una plataforma circular que se eleva para servir de escenario principal, permanece al nivel del suelo cuando los concurrentes bailan. Pero esta es una plataforma más —si bien la más importante—; distribuidas, disfrazadas alrededor de ella, se encuentran ocho más, a diferentes niveles, en donde otros artistas actúan sincronizadamente.

El lugar, ya de suyo agradable, se realza con los adornos artificiales, las luces de colores, las neblinas azulosas y rosadas y con la música que parece brotar por todas partes. El circo de palmeras, cocoteros, mamoncillos, aguacateros, cañas bravas y exhu-

berante vegetación menor, afirman el paisaje tropical bajo las estrellas.

Cantos y danzas españolas arraigadas en Cuba, bailes del Caribe, tambores africanos, música cubana y latinoamericana de todos los tiempos, componen el programa. Y aunada al profesionalismo, los cuerpos esculturales de blancas, mulatas y negras danzan con euritmia bajo los reflectores de colores que hacen todavía más vistosos los trajes.

Ciento sesenta artistas y cuatrocientas personas más forman el personal de este centro, donde se lleva al cabo de martes a domingo uno de los espectáculos nocturnos mejores del mundo. La entrada cuesta seis dólares, con derecho a una cantidad respetable de ron, que generalmente no se consume en su totalidad.

Dos funciones, la primera a las diez de la noche, con duración de dos horas, y otra más o menos del mismo tiempo, con inicio a la una de la mañana, dejan satisfecho al turista, y lo preparan para la partida al día siguiente, al tiempo que despierta el deseo de regresar una vez más.

FELIPE ROSELL:

UN PEQUEÑO PROPIETARIO

Felipe Rosell es un cubano de Santiago, ciudad localizada en la parte oriental de Cuba. Tiene una propiedad de cuatro caballerías y del producto que la misma le deja, vive decorosamente. Así, dentro de un régimen socialista que abolió los latifundios y la propiedad industrial, él es un pequeño propietario.

Sereno, amable, con cierta complacencia, respondió a nuestras preguntas, aclarándonos que en el campo existe la propiedad privada hasta un límite de cinco caballerías o sea unas 67 hectáreas.

El producto de su explotación lo entrega al gobierno cubano y éste se encarga de comercializarlo. Cuando nos enteró que su negocio agrícola consiste en la plantación de cactus, debe habernos visto la duda en el rostro y también en la palabra. Acostumbrados a ver este tipo de vegetación en las zonas áridas, no pensamos que pudiera reproducirse en un clima tropical como el cubano.

En la parte oriental de la Isla hay ciertas áreas en las que la precipitación pluvial no es muy elevada, y aunque no son tierras secas como las nuestras, ya que cuentan con la humedad de la brisa, sí lo son comparativamente en relación al resto del suelo de Cuba; en ellas es donde mejor se cultivan las cactáceas.

Días después de la plática, en la línea divisoria entre las provincias de Matanzas y la Habana, vimos sobre las peñas altas del mirador un cactus silvestre. Su aspecto no tenía la presencia de los nuestros; su color verde oscuro denotaba hidropesía o algo parecido; la consistencia fofa, como la papaya, distaba de la que tiene la planta retadora de un cielo avaro; las espinas eran como un adorno cualquiera y no bravas defensas en contra del viento bandolero, que intenta robarle al cactus mexicano la poca humedad que sus raíces consiguen.

Blandujo, colgante, se veía que su problema era la falta de agua, sino la abundancia de la misma. Y aunque admiramos su esfuerzo de aclimatación, la figura no correspondía a la auténtica, al menos así nos pareció. Sorprendente condición de la distribución y el poblamiento vegetal, que exige, digámoslo de esta manera, un cambio de personalidad a la planta.

Los cactus que cultiva el Sr. Rosell probablemente sean distintos a este que vimos en zona húmeda; según nos dijo son pequeños, de carácter ornamental y muy codiciados en Europa.

La plática ha sido breve, obligándonos a guardar muchas preguntas; ya para despedirnos hace recuerdos de viejos artistas mexicanos que conoció en la Habana, de sus películas, y comentamos de beisbolistas cubanos que se acercaron en México. Mañana regresará a Santiago, y por su presencia y por el apellido, nos hace recordar la emigración francesa al oriente cubano, cuando Francia perdió como colonia lo que hoy es Haití.

CAIBARIEN, ¿COMO SERA?

Imaginar cómo son las cosas es aproximarse a la naturaleza de las mismas. Lo más probable es que a los primeros intentos realidad e imaginación no coincidan, pero a fuerza de insistir, de reflexionar lo imaginado se aproxima a lo real. Pero aun suponiendo que esto no suceda, siempre habrá oportunidad para enriquecer la vivencia y posteriormente prolongar, darle mayor profundidad al recuerdo.

¿Pero cómo imaginar lo que no se conoce? Tal vez preguntándose cómo será lo desconocido. La pregunta nos lleva a conocer, pues aun las preguntas que no tienen respuestas enseñan, al ir perfilando los territorios de la ignorancia. Por lo tanto imaginar para luego conocer, suele constituir un recurso cotidiano del hombre y en mucho el lenguaje cumple con esa función, ya que la comunicación, en cierto sentido, tiende a adivinar, o mejor dicho, a predecir.

Las ciencias y las técnicas son recursos predictivos.

vos, la preocupación mayor del hombre es el futuro y tener un modelo del mismo para satisfacer sus necesidades materiales y espirituales, suele ser la parte medular de su existencia. Pero volvamos al principio. ¿Cómo es Caibarién?

Ya se dijo que preguntar es un buen método para conocer, pero en ocasiones preguntar de todo en demasía consumirá mucho tiempo con peligro de que los problemas a solucionar se hagan viejos después ya no interesen.

Cualquiera pensará que conocer una ciudad sin haber estado en ella es tarea relativamente fácil si se recurre a la geografía, pues así es como los niños aprenden del mundo actual y hasta del pasado. Efectivamente, la geografía nos dice muchas cosas de una ciudad. Cómo se llama, dónde se localiza, cuáles son sus límites, de su clima y del suelo, qué vive y hasta lo que comen sus habitantes; pero esta información con ser útil, no dice todo lo que es, y cómo es una ciudad.

Cómo son las casas, las calles, los templos, las plazas; dónde están los centros de gobierno y de trabajo, ya no es tanto función de la geografía, aunque a esta ciencia le interese casi toda la relación del hombre con el espacio.

De qué está hecha la ciudad, cómo se construyó, con qué materiales, qué herramientas y qué métodos se utilizaron y por qué nació. Cuándo ríe, cómo canta, cuándo llora y cómo viste el ciudadano. A qué juega, a quién reza y qué piensa de

sus gobernantes, son algunos aspectos del cuerpo el alma de una ciudad.

Caibarién mira al mar, y con la Habana, Matanzas, Cárdenas, Nuevitas, Puerto Padre, Gibara, Antilla, Nicaro, Baracoa y otros, forma el rosario de puertos en la Costa Norte de la Isla.

Bien pudiera estar construida macizamente, pues la región cuenta con materiales para ello; sin embargo, lo más probable es que tenga una parte central maciza y en las orillas predominen las casas de madera con techedumbre de palma. La teja roja inclinada para drenar el agua de las azoteas, ha de dar la nota de color al verse desde el cielo.

Localizada en la parte central, cerca de Sta Clara, una de las ciudades más importantes de Cuba y región donde abunda la plantación de la caña de azúcar, no se advierte que pueda tener las mejores condiciones para ser un gran puerto; abundan los cayos y los bajos, la profundidad de las aguas marinas varía entre cero y 200 metros hasta llegar al Canal Viejo de Bahamas. Ciudad abierta, sin el abrigo que sí tienen otros puertos de esta costa y que es importante para la protección contra ciclones y huracanes, Caibarién está en desventaja aunque por ahí se exporta una parte del azúcar de Cuba.

Lo más probable es que la ciudad sea plana cuando mucho con alguna inclinación hacia el mar y así las calles estarán orientadas en lo posible para desembocar en el mismo. Con seguridad que

Las casas tienen su portal, pues esa propensión de la arquitectura columnar no solo es característica de las grandes ciudades que se explica por el clima y el carácter del cubano.

Un lugar ventilado a resguardo del sol tropical que invita a la tertulia ciudadana, eso es el portal de la casa en Cuba, que en la ciudad pequeña y aún en el mismo campo, cobra gran significación social.

Las calles tienen su mayor importancia al desembocar en la plaza, y ésta, aparte de su aspecto físico lucidor de arquitecturas y de vegetación, aún a la presencia del poder político y de la iglesia; toda plaza de armas avecinda los dos poderes y no creemos que Caibarién sea una excepción.

Si la lógica en este caso no sufre modificaciones de orden superior, la casa de gobierno debe enfrentarse al norte, que es el rumbo donde pega menos fuerte el sol del verano; respecto a la iglesia que puede tener más recursos a este particular por sus dimensiones, tal vez se localice de cara al sur o al oriente.

Hay un elemento común a todos los hombres de todos los tiempos: el trabajo. Conocer el tipo de trabajo es acercarse al ciudadano y al centro y al entorno que habita. No podríamos concebir a un viejo herrero sin vocación para martillear, para darle formas nuevas y útiles a lo que antes fue una masa informe y roja de hierro. Tampoco cabe ima-

ginar un carpintero alérgico al aserrín, o a un albañil que le asusten las azoteas.

Así el trabajo nos dice mucho también de las costumbres y aunque en la ciudad las actividades se diversifican, pensamos que en los puertos, máxime si son pequeños como Caibarién, la estiba de azúcar predomina cuantitativamente.

El clima obligará a ropa fresca la mayor parte del año, aunque en invierno los vientos se han de enfriar sobre el mar; el ánimo por lo general ha de ser ligero, propicio a la diversión, y la música criolla, enriquecida por los africanos, ha de conformar el marco para una población alegre como son todas las del Caribe. Como hay libertad de cultos lo más seguro es que la población le rece a Cristo y en el orden mundano haga votos por Fidel.

Si el lector ha tenido la paciencia de seguirnos hasta aquí, se dará cuenta que poco hemos logrado para darle una imagen y dárnola nosotros de Caibarién. Sin embargo, esta primera aproximación nos ha servido para avivar las ganas de visitarla y de seguirla imaginando ya no en sus generalidades, sino en sus rincones y en los detalles de la vida cotidiana, hasta llegado el momento de recorrer sus calles, de platicar con sus habitantes y de meditar en ella. Pero entonces tal vez caigamos nuevamente en la tentación de imaginar cómo fue y de cómo será al correr de los siglos.

CUBA

EN EL CAMINO DE LOS HURACANES

EL NOMBRE. Cuba está en el camino de los huracanes y eso explica que la voz que los bautizó, provenga del idioma de los primeros pobladores de la región. Los caribes temían al fenómeno que cegaba vidas, destruía las cosechas, los sembradíos y otras pertenencias. A falta de una explicación del mismo y de fuerzas para hacerle frente, optaron por el respeto y las formas de veneración y así el huracán se convirtió en el dios de los vientos.

LOS FACTORES Y LA ENERGIA. Como en todos los fenómenos climáticos, los factores del huracán son el sol, que proporciona el calor; el agua y el aire. Una corriente de aire frío se encuentra con una de aire caliente, se forma un remolino, una espiral dinámica, que avanza horizontal y verticalmente y ya se tiene en forma simple la mecánica del huracán.

Los huracanes son grandes tormentas giratorias acompañadas de vientos y de lluvias que arrasaron lo que encuentran a su paso, dada la energía puesta en juego para su formación y desarrollo. El calentamiento de las aguas marinas, que se acrecienta con el sol alto del verano en el hemisferio norte es la fuente de energía; así la temporada de huracanes en el Caribe suele iniciarse a fines de julio acentuándose en agosto, septiembre y octubre.

Se ha llegado a estimar que la energía dinámica de un huracán equivale a la de unas 10,000 bombas atómicas¹ y eso explica las velocidades de viento que primero sopla a unos 120, después a 250 y llega a los 300 kilómetros por hora. Al girar, lo hace en sentido contrario al de las manecillas de reloj y los especialistas lo dividen en cuadrantes: los delanteros señalan la dirección de la trayectoria y los posteriores marcan la zaga del mismo.

LOS CUADRANTES Y EL OJO. Se ha comprobado que las lluvias torrenciales se localizan en el cuadrante delantero derecho y que en el posterior de ese mismo lado soplan los vientos huracanados máximos. En el posterior izquierdo se registran altas temperaturas por compresión del aire, "como se observó en Veracruz cuando el huracán HILDA que se aproximaba a Tampico, dio una máxima de 32.2°C el día 17, con gran bochorno y vientos de poca intensidad, como si el calentamiento fuese debido a compresión horizontal sobre dicho cuadrante

te posterior izquierdo, que era el ocupado ese día por Veracruz; en otros lugares se ha observado, además, que en este cuadrante se representan algunos tornados, como ocurrió en Florida, cuando ya había sido rebasado por el vórtice del AGNES el 19 de junio de 1972".²

Se dice que el huracán tiene un ojo en forma de elipse que se conserva libre de los poderosos vientos que imperan en el borde o círculo, apretado de agua, de viento y de nubes; se sabe también que el vórtice está rodeado por un anillo frío. Las dimensiones del ojo varían entre 25 y 70 kilómetros, aunque el promedio se acerca más a la primera cifra. Generalmente los vientos, dentro de esa región, son inferiores a los 25 kilómetros por hora, de ahí que los que han padecido este meteoro y han estado en la región antes señalada, se refieran a ella como el espacio en donde se viven momentos de "calma opresiva".

Objetivas o no, pero desde luego interesantes, resultan las experiencias de quienes han vivido estos meteoros, y ese sello tiene la narrada por el Reverendo J. J. Williams, S. J., de un huracán que azotó Black River, Jamaica, en 1912:

"Entonces siguió una calma opresiva por unas pocas horas, que pareció indicar que el mismo vórtice de la tormenta estaba pasando sobre nosotros. Esta calma duró tres horas.

La poca natural quietud, perturbada sólo por una llovizna ocasional, era por sí misma

agüero del próximo desastre. Como había habido cambio en la dirección del viento, los que tenían experiencia se preparaban para lo peor...

La lluvia comenzó a caer en caprichosas ráfagas, cuando de repente pareció que estábamos de pie en medio de un ardiente horno. Alrededor de todo el horizonte se encendió un anillo de fuego rojo sangre, perdiéndose en un ámbar brillante en el cenit. El cielo, en efecto (estaba próxima la hora del ocaso), formó una gigantesca y feroz bóveda de luz roja que brilló a través de la lluvia... Entonces el huracán estalló nuevamente con renovadas fuerzas y durante dos horas o más (había perdido cuenta de las horas esa noche) arrasó y destrozó en pedazos lo poco que había quedado indemne durante el estallido anterior".³

Cuando el huracán entra a tierra pierde fuerza y no por los obstáculos que encuentra a su paso que desde luego influyen en su amortiguamiento sino porque cesa la energía calorífica del sol depositada en el agua, que es un custodio del calor mejor que la tierra.

LAS MATRICES. Los huracanes se desplazan desde mar adentro, pero hay áreas formadoras de los mismos o matrices, cercanas a las costas como la del Istmo de Tehuantepec y la de la Sonda de Campeche. Otra zona productora se localiza en el Caribe, al poniente de las Antillas Menores, cerca

del grupo de las llamadas de Barlovento, y la otra al oriente de éstas, en el Atlántico abierto. Los especialistas han encontrado que estas matrices sufren desplazamientos que fluctúan entre las 300 o 400 millas para las primeras dos, y de 900 a 1000 millas para las segundas. Se acepta que en dichos desplazamientos influyen las corrientes marinas y ya se verá el efecto que los mismos tienen para la región.

FRECUENCIA Y TRAYECTORIA. ¿Cuántos huracanes han pasado por Cuba? No lo sabemos, la información que se tiene es reciente, ya que estos fenómenos no se conocieron en Europa hasta la venida de Cristóbal Colón.

Cuando estos meteoros comenzaron a hundir barcos españoles cargados de tesoros y bastimentos, surgió la preocupación por las causas, el origen y forma de eludirlos. Se sabe que en períodos cortos han llegado a variar entre un mínimo de 2 para el año de 1929, y un máximo de 21 para el año de 1933, en la región del Golfo de México, el Caribe y el Atlántico.

Desde el nacimiento hasta la extinción en la tierra o en el mar, que suele suceder esta última al encontrar superficies o corrientes de agua fría, el huracán tiene generalmente trayectoria parabólica, dirigiéndose primeramente al poniente para luego curvarse hacia el norte. En este recorrido avanza a unos 8 o 10 nudos, mientras que los vien-

tos alcanzan velocidades de 70 a 80 nudos. Luego viene una disminución en la velocidad de sólo 4 o 6 nudos, que suele ser un indicador de que el huracán cambiará de rumbo; contrariamente a esta reducción en su desplazamiento, aumenta la velocidad de los vientos en la espiral, alcanzándose los 80 o 90 nudos; después, al entrar en la segunda parte de su recorrido parabólico, aumenta nuevamente la velocidad del desplazamiento a unos 15 nudos hasta que entra a tierra y se extingue.

Mientras los recorridos pueden alcanzar miles de kilómetros, el radio de acción de los vientos destructores oscila entre 40 y 800 kilómetros. Así un huracán con un recorrido de sólo 2500 kilómetros, tiene en promedio un potencial destructor de un millón 50 mil kilómetros cuadrados, o sea la mitad de la superficie de México.

LOCALIZACION. Hoy resulta más fácil localizar los huracanes, aunque sigue siendo difícil evitar los daños que producen. De todas formas, las pérdidas en vidas humanas son menores que antes, cuando los medios de comunicación estaban menos desarrollados. Los satélites, el radar, los aviones, los barcos, las estaciones meteorológicas y muchos otros recursos, el radio y la televisión, entran en juego para detectar y prevenir.

Los fuertes vientos de un huracán ejercen fuerza en la superficie del océano, generando de tal modo enormes olas que se propagan hacia afuera

en todas direcciones. En algunos casos ellas pueden ser identificadas como largas marejadas muy alejadas del vórtice. Las olas creadas en el cuadrante derecho posterior de la tormenta, se mueven en la dirección de la misma. Esas olas son las más fuertes producidas por un huracán y pueden tener una velocidad de propagación de unos 1500 kms. por día. Dado que los huracanes se mueven de 500 a 600 kms. por día, la llegada de fuertes marejadas pueden indicar la presencia de un huracán que se aproxima a unos 1000 ó 1100 km. mar afuera.⁴

CARA Y CRUZ. Para México los huracanes son una bendición, pero no así para otros países. Con la fuerza que le falta al viento suave cargado de humedad y que por eso sólo alcanza la planicie costera, el huracán brinca las sierras y llega hasta el Altiplano, en donde derrama la lluvia para hacer a la región menos desértica. En cambio para los Estados Unidos, que en la parte sureste no tiene barreras naturales, los huracanes son verdaderos enemigos. A este país las heladas y su régimen de lluvias le dan la humedad que necesita su rica agricultura, por eso el agua que acarrea el huracán es un sobrante que sólo le produce daños.

Los fuertes vientos, las grandes olas que se elevan a dos metros sobre el nivel del mar y abrazan con furia las regiones costeras, además de la lluvia que en el curso de un meteoro asciende a los 500

mm o más, ocasionan la pérdida de vidas, la destrucción de casas y de edificios pequeños, de las instalaciones eléctricas y telefónicas, la rotura de cañerías de gas y agua potable, de los drenajes, inunda los sembradíos y ahoga a los animales, destruye carreteras y caminos vecinales, desquicia las comunicaciones y la vida cotidiana, dejando exhausta y lastimada a la población en su patrimonio y estado de ánimo.

EL COMBATE DE LOS HURACANES. Las frecuentes pérdidas en vidas humanas y los daños materiales por miles de millones de dólares, ha influido en las autoridades norteamericanas para combatir los huracanes. Sin fijarse en las consecuencias que pudiera acarrear a México una práctica exitosa en contra del huracán, los norteamericanos ensayan en extinguir al mismo una vez formado. Pero si esto no es posible, entonces se intentará desviarlo, quedando como tercera alternativa la de frenarlo. Las etapas señaladas son las básicas del Proyecto Stormfury, que apoyan la Oficina Meteorológica del Departamento de Comercio y el Departamento de la Armada, e instituido en 1956, después de los daños que ocasionaron los meteoros de 1954 y 1955.

Los primeros experimentos se iniciaron con rociaduras de yoduro de plata, intentando congelar parte del agua involucrada en la turbulencia para producir alguna inestabilidad y lograr disminuir la

velocidad del viento. Aunque las pruebas no han sido del todo satisfactorias, se sigue con el empeño de dominar al huracán, sin importar que las consecuencias pudieran ser peores.

Ignoramos si los experimentos aludidos van a la par con el diseño de casas y edificios a prueba de estos meteoros, con la construcción de redes subterráneas eléctricas y telefónicas, con la construcción estratégica de albergues colectivos de auxilio, con el diseño superabundante para demasías en el drenaje pluvial citadino y regional, así como con el de la conducción de gas. Suponemos que ya debe haberse legislado sobre el poblamiento costero, y con seguridad que ya se hizo una evaluación de daños contra beneficios del huracán, no sólo para la región afectada.

Resulta encomiable el proyecto que trata de salvar las vidas y proteger los intereses de la región; también se explican los problemas que los huracanes causan al programa espacial en Cabo Kenedy, pero ello sólo es un aspecto de un campo muy complejo de consecuencias imprevisibles.

Cuando se trata de atacar a la naturaleza, el hombre pierde el sentido de la proporción; ¿por qué intentar eliminar el huracán?, ¿no sería mejor aprender a vivir con él? En lugar del Stormfury bueno será desarrollar la "cultura del huracán", que por supuesto comprenderá el estudio intensivo del mismo, pero no con el propósito de extinguirlo, sino de aprovecharlo.

LOS NOMBRES. Se acostumbra darles nombres a los huracanes, y apenas se tiene noticia del nacimiento de alguno, cuando ya tiene el suyo. Con frecuencia al dulce nombre de una mujer se asocia la furia del meteoro, tan ajeno a la imprevisión de los hombres como a la incongruencia bautismal.

EL ATLAS. Una ojeada a las trayectorias de los huracanes nos muestra que Cuba está en el camino de los mismos. Sin embargo, colocada entre dos de las matrices de éstos, sorprende que la incidencia sobre la Isla no sea mayor. En una gráfica construida por Tannehill,⁵ que muestra la trayectoria de los huracanes registrados entre el 10 y el 15 de agosto de los años que van de 1874 a 1933, de 17 huracanes, sólo tres pasaron por Cuba, aunque desde luego, muchos otros hicieron sentir sus efectos. El de 1915, que tuvo un gran desarrollo, ya que nació en el sur de las Islas de Cabo Verde, frente a la costa de Africa y fue a terminar en la Península de Labrador, pasando por el sureste y el oriente de los Estados Unidos, atravesó la Isla de Pinos y entró por Pinar del Río, para después salir al Golfo de México. Los de 1928 y 1886 entraron por el oriente (Sierra Maestra) y después de recorrer la parte central, uno salió más o menos a la altura de Sagua la Grande, y el otro al este de Caibarién. Así mismo, en el Atlas de Huracanes preparado por el Profr. César Luna Bau-

sa, se consignan los meteoros ocurridos para un período de 26 años (1952-77), apreciándose que por lo menos 43 de ellos pasaron por Cuba.

DESPLAZAMIENTO DE LAS MATRICES.

De las zonas matrices antes señaladas, la tercera y la cuarta son las productoras de los huracanes que afectan a Cuba. "La tercera zona matriz se ubicó en el Caribe Oriental, en la latitud de 13°N más o menos, estableciéndose en el mes de julio, cuando el caldeamiento ha invadido la región insular de las pequeñas Antillas, formándose huracanes de gran recorrido y potencia extraordinaria, especialmente los formados durante agosto, septiembre y octubre, llegando algunos a cruzar la Península de Yucatán para azotar los estados de Tamaulipas y Veracruz, después de haberlo hecho con las entidades de la citada península.

La cuarta y última zona matriz que entra en actividad, queda en la porción Atlántica, en latitud 8 a 12°N , al sur de las Islas del Cabo Verde y ocurre a finales de julio, especialmente agosto, contando con los huracanes de mayor recorrido y potencia. Algunos resultan muy notables porque mantienen su rumbo hacia el oeste con inusitada velocidad de camino de 15 nudos o más, o sea el doble de lo normal para la primera rama, sin menoscabo de su potencia, que crece mientras atraviesan el Caribe y penetran al Golfo de México, donde se comportan de manera parecida a los ori-

ginados en la tercera región matriz. Sin embargo, muchos de estos huracanes se caracterizan por su tendencia a recurvar hacia el norte a poco tiempo de iniciados, constituyendo una amenaza para las Islas Bahamas y Bermudas".⁶

Como ya se mencionó anteriormente, las zonas matrices se desplazan obedeciendo a la posición de los centros de mayor calentamiento, influyendo en las áreas de barrido de los huracanes. Así al desplazarse la cuarta matriz, unas 1000 millas al noroeste, dados los caminos caracterizados de estos huracanes, las Antillas Mayores se salen de sus trayectorias y entonces los meteoros azotan otras áreas. Algo parecido acontece con la tercera zona matriz, la cual se mueve unas 900 millas al oeste para surgir entre Jamaica y la Isla Swan. Con este desplazamiento y dadas las trayectorias caracterizadas de estos meteoros, que recurvan más rápidamente, Cuba se ve expuesta a los mismos por la costa sur y al oeste de la parte media; los otros, de recurvar más lenta, llegan al Golfo de México. De esta forma, Cuba, que está expuesta a la generación de dos zonas matrices se ve menos afectada de lo que pudiera serlo de no variar las mismas.

LA CORRIENTE DEL GOLFO. Cuando Cristóbal Colón viajó a Islandia en febrero de 1477 encontró que los mares no se congelaban; después Ponce de León, que buscaba la fuente de la eterna juventud en lugares de la Florida, descubrió

la fabulosa Corriente del Golfo. Un día, en la primavera de 1513, Ponce de León se sorprendió al observar que sus embarcaciones no avanzaban y en cambio retrocedían. El carácter arrojado de aquellos españoles que podían con todo, pronto los sacó de apuros aprendiendo a sortear y aprovechar esta corriente.

Hoy se sabe que la misma es más complicada de lo que parecía.

La atracción del sol y de la luna, el movimiento de la tierra, el viento y el calentamiento del mar, generan las corrientes marinas, y es así como el agua viaja por los océanos como si fuera río.

La corriente del Golfo inicia su recorrido en la estrecha fisura entre Florida y las Bahamas, fluye hacia el norte a través de los Estrechos de Florida, a razón de aproximadamente 100,000 millones de toneladas de agua por hora, tomando un curso sorprendentemente estrecho hacia el norte, por el despejado Atlántico, pasando por Terranova. Allí la corriente se divide en una serie de ramificaciones llamada Corriente Atlántico Septentrional.

Una de ellas se dobla y pasa debajo de Islandia, donde finalmente ayuda a desalojar los témpanos de hielo acumulados en el estrecho de Davis. Otras ramas continúan más allá de Escandinavia, en tanto que algunas tuercen hacia el sur, hasta España y Africa, conservando fuerza suficien-

te para regresar a las Antillas Occidentales y el Mar Caribe.⁷

Como se ve, la Corriente barre las zonas de las Matrices 3 y 4, y al llegar a la región Atlántica ecuatorial y en particular a las Antillas Menores, las recargas de calor se ponen en movimiento por la corriente, desplazando las fuentes de los huracanes; así Cuba queda expuesta preponderantemente a la influencia de la tercera matriz.

HISTORIA Y LITERATURA. En Cuba el huracán ha sido tema vivo no sólo para la historia y la literatura, sino también para la leyenda; nos preguntábamos cuántos han cruzado la Isla y la respuesta quedó al viento, sin contestación posible. El huracán es historia y ayuda a hacer historia, y en la vida del cubano siempre hay uno para recordar. Pero esta circunstancia pinta al hombre y su entendimiento de la naturaleza; no se sabe que el cubano sienta alegría por el huracán, pero tampoco que piense erradicarlo; ¿se diría que de tanto padecerlo ya se familiarizó con él? Tal vez, el carácter de los caribeños así lo hace suponer; y esto, en todo caso, pudiera ser el inicio de una cultura del huracán, o sea el proceso de transformación de la fuerza ciega, en algo útil. Y aunque no se conozcan proyectos y menos planes en este sentido, la actitud renovada frente al meteoro es como el proyecto diferido que espera avances en

la ciencia y en la técnica para el paso trascendente.

Sin embargo, basta ver las fortalezas, las calles y otras edificaciones del viejo casco, para convencerse de que el español construyó para vivir con el huracán. Ahí están el Morro, La Cabaña, El Príncipe, Atarés; las cicatrices que tienen estas fortalezas se las dio la metralla y no el viento. Los huracanes han cruzado por ellas respetando su reciedumbre, ya que fueron construidas para comulgar con el meteoro.

EL FINAL DE LA TEMPORADA. El final de la temporada parece coincidir con la caída del otoño. A mediados de octubre la radiación solar en nuestro hemisferio disminuye, al pegar los rayos solares con mayor inclinación sobre la superficie marina. Así mismo, los vientos y las corrientes de agua fría se adentran más al sur, como preudio del invierno en las regiones nórdicas.

Al homogeneizarse las masas de agua fría y agua caliente, disminuye el potencial térmico y con él la probabilidad del huracán. Ciertamente que el agua conserva el calor por más tiempo que la tierra; sin embargo, al disminuir la recarga energética, disminuye el gradiente. El agua sigue caliente y su temperatura en invierno es mayor que la del viento y de la tierra, pero aún así, la energía requerida para iniciar el meteoro no se vuelve a alcan-

zar hasta el próximo verano, cuando el sol inicia su recorrido alto en nuestro hemisferio.

REFLEXIONES. La energía térmica puesta en juego para desatar el fenómeno es de tal magnitud, que el poder aprovechar sólo una parte de la misma satisfará la demanda de energía de muchos países. "Se ha estimado que los océanos tropicales podrán satisfacer la energía total mundial en base a un consumo por habitante igual al registrado en Estados Unidos en 1970, considerando solamente la diferencia de un grado en la temperatura".⁸

La cantidad de energía térmica de los mares en esta región es enorme; la diferencia en temperatura de las aguas profundas abastecidas por corrientes polares, y la de superficie, calentada permanentemente por el sol, sientan las condiciones para un aprovechamiento energético limpio en el futuro. Si agregamos a esto la posibilidad de subproductos del agua marina, y además peces y plancton en grandes cantidades, nos daremos cuenta de que el huracán exige una comprensión menos simplista que la de su mera extinción.

1.—Battan, J.L.: *La Naturaleza de las Tormentas*. EUDEBA. Buenos Aires, 1964.

2.—Luna Bauza, C.: *Atlas de Huracanes*. Secretaría de Programación y Presupuesto. México, 1979.

3.—Battan.: Citado.

4.—Ibid.

5.—Ibid.

- Luna Bauza.: Citado.
- Long I.: *Nuevos Mundos de la Oceanografía*. Editorial Diana. México, 1970.
- Williams, J. R.: *Solar energy, Technology and Applications*. Ann Arbor Science. Publishers Inc. Ann Arbor Michigan 48106, 1974.

LA HABANA VIEJA

Cuando duermen las ciudades, las calles parecen tener sentido; brechas demasiado grandes llenas de sombras y de silencio, con el día se revisten de importancia que la noche les niega y entonces parecen ser la vida misma. Ciertamente que la luz artificial hace sobrevivir a la arista, pero aun así le falta fuerza para la definición y por ello con frecuencia las edificaciones toman las proporciones de fantasmas.

Las ciudades que duermen, aun las bien iluminadas, siempre tienen rincones oscuros a los que la falta de luz los priva de forma y con ello, aparentemente, de vida. Por eso el despertar de las ciudades siempre resulta interesante, pues parece un tránsito de la muerte hacia la vida, contrario a la dirección fatal a la que estamos condenados.

Son las 6:00 de la mañana, la ciudad todavía se ve oscura, pero no tardará en amanecer y entonces se llenará de ruidos y de gente. Desde el cuarto del hotel atisbamos por la calle de Humboldt

acia el norte y por la calle "O" hacia el poniente. A lo lejos se destaca la silueta del Hotel Nacional, más cerca el edificio de Radio Rebelde. Mar y cielo se confunden en un gris que luego se transformará en dos grandes bandas de azul, una con la tonalidad del cielo y la otra, con la del mar.

Se inicia el transitar, a los pasos se agregan voces, comienza la comunicación entre los hombres, luego crece, se multiplica y entreteje, para darle contenido a la historia de mañana.

De todas partes llegan habaneros a la espera de la guagua. Como si vinieran del mar o fueran al mismo, desfilan silenciosos los camiones, que luego habrán de repartir su valiosa carga por todos los centros de trabajo.

Dejamos el hotel y caminamos sin rumbo fijo, la mañana está fresca, pero ya amenaza el calor. Por la Calle P llegamos hasta la Avenida Malecón, antes de la Infanta, para admirar vetustos edificios con abundantes columnas. Después, por la Calle 25 hasta el Hotel Habana Libre, para luego volver por la 23, hermosa avenida que se inclina hacia el mar. Por esta última desembocamos en el Malecón que circunda a la Habana en su parte norte, desde la Boca de la Chorrera o desembocadura del Almendares, hasta la Ensenada de Atarés.

Apretados, sin dejar espacio uno al otro, se apiñan los edificios a lo largo del Malecón. Sólo el lugar ocupado por algún monumento, por un viejo

castillo o algún recurso vial, interrumpen la sucesión. A ninguno le faltan columnas, y si éstas dieran en el estilo, la presencia de las mismas es característica, que desde luego no es privativa de Malecón, ya que se repite en la Habana Vieja, en otros rumbos de la ciudad, y en otros lugares de Cuba, aunque con menos frecuencia.

Esta propensión columnar de la arquitectura habanera estimuló al escritor Alejo Carpentier a escribir uno de sus libros: *La Ciudad de las Columnas*, y el tema de la ciudad, que parece haberle sido grato, lo toca también en *La Consagración de la Primavera*, y con pinceladas nostálgicas describe en *El Siglo de las Luces*, a la Habana del Siglo XVII. Al caminar el viajero por esta avenida, frontera entre la ciudad y el mar, va contemplando edificaciones que son como una introducción al centro de la vieja ciudad.

A lo lejos, al otro lado de la Bahía se levanta el Morro, y a la derecha del mismo la fortaleza de la Cabaña. Al avanzar, ahí donde la tierra se adentra en el mar, se localiza el Castillo de San Salvador de la Punta, y frente a él queda el Morro en línea perpendicular a la entrada de la Bahía. Desde este lugar, con rumbo sureste se desliza Malecón por la garganta que comunica al Golfo y a poco de caminar se llega a la parte maciza, medieval.

El Templete, el Castillo de la Fuerza, La Intendencia o Palacio del Segundo Cabo, la casa de

Gobierno y la Plaza de Armas, en unión de la Catedral y las casonas que flanquean a ésta para formarle una espaciosa plaza, amén de otras edificaciones y calles con sabor colonial, invitan al viajero a la contemplación.

Después de la reconquista, expulsado el islamismo, a España le sobró energía y entonces se volcó sobre el Nuevo Continente, donde encontró campo propicio a su acción colonizadora. Así, a finales de la Edad Media, un rosario de ciudades se levantó sobre el suelo de América, para desfogue del ímpetu que ya no encontró espacio en el viejo solar nativo.

LA CASA, LA CALLE, Y LA PLAZA

Por fin, después de peregrinar de lugar en lugar, se fundó la Habana, el 16 de noviembre de 1519. Las primeras casas fueron de tablas y guano, o de vaguas y paja, rematando sus techos con una cruz, para dejar muy claro de que ahí imperaba la religión católica.

Así de modestos fueron los orígenes de muchas ciudades, así deben haber nacido en las cunas de la civilización y así nacerían en América tropical, muchas que después fueron orgullo de la Colonia.

La casa es la primera secesión que se hace del cosmos. El uso del suelo, la distribución del espacio, se inician con la casa. La vigilia necesita del reposo, pero el hombre no sólo asiste a dormir a la casa, en ella hace vida familiar, reconforta su auto-

nomía psicológica y organiza y fortalece la célula principal de la sociedad.

En la casa, más que en cualquier otro lugar, se incuban los deseos, se restituyen las fuerzas perdidas, se aviva la imaginación y se reserva la voluntad de dar la cara a la vida.

La casa modesta es sólo el inicio en tierra virgen, los españoles llegaron para quedarse por siglos y así, lo que fue refugio temporal, va cobrando suntuosidad y reciedumbre. Los sillares que vienen del fondo del mar se van apilando con simetría medieval y surge una edificación que cambiará la fisonomía del trópico.

Pero la sabiduría del constructor no se divorcia de las características del entorno, y ayer, más que hoy, el hombre edificó en armonía con la naturaleza. Las paredes de la casa serán anchas para resguardo del calor, los cimientos fuertes para resistir los huracanes, las ventanas altas y angostas para estrangular el aire que al expandirse adentro, se enfría. Los techos elevados para el manejo de grandes volúmenes de aire, las cortinas gruesas para filtrar los rayos del sol.

La casa de ayer, en lo posible, siguió métodos pasivos, pero muy eficaces de climatización. A falta de técnicas mecánicas de refrigeración artificial el patio se diseñó como recurso de frescura, ayudado por fuentes, y las provisiones en la construcción ya señaladas. Por eso en la casa habanera no po-

debería faltar el patio, y si el mismo se acotaba por altas paredes para un segundo piso, mejor.

Cada puerta, cada ventana, de cara al patio o a la calle, cumplen con la función de estrangular el aire; así, al circular éste por los amplios interiores en donde no encuentra recargas de calor, se va enfriando hasta llegar a los delgados mosquiteros de las recámaras. El patio moro lo aprovechó el genio español como recurso de climatización pasiva en la América tropical. Siglos después, con la revolución industrial que hizo posible la liberación de grandes cantidades de energía, tomará fuerza la refrigeración artificial, el clima acondicionado, y entonces el patio se relega.

Así, a la función arquitectónica se agrega la de la comodidad. El patio como elemento regulador del tránsito interno, lugar para la tertulia familiar o la fiesta informal, es también sitio para la contemplación de flores y plantas tropicales, quebradoras de la radiación solar del mediodía; se convierte en factor imprescindible de la casa tropical.

La casa contribuye con la fachada, y entre fachada y fachada, entre banqueta y banqueta, se forma el arroyo y luego surge la calle, camino para la ciudad. En la calle, más que en otro lugar, el hombre siente la dependencia de otros hombres, con su entorno, con la ecología.

A la calle desembocan muchas voluntades y entonces el espacio se utiliza a diferentes ritmos, el de los hombres que caminan contando sus pasos, y el

de sus máquinas que avanzan sobre ruedas, geometrías éstas que no tienen principio ni fin.

La calle, con sus fronteras laterales, sirve de guía a los hombres, al viento y al ruido; cierto que tiene los riesgos de todos los caminos, pero bien aprovechada es vía para la ventilación, la higiene y sobre todo, espacio para la socialización. Si bien la fachada limita el horizonte, también da resguardo y cumple con la función de prolongar la casa, haciendo de la ciudad una gran morada.

En la parte vieja de la ciudad, la casa se comunica con la calle a través del zaguán, cajón de aire fresco y recurso para la distribución del tránsito interno. La casa tenía al zaguán como elemento arquitectónico y puente entre la privacidad del hogar y la vida externa. Así la calle gozaba de la fama de sus zaguanes, túneles para la mudanza horizontal y vertical. El zaguán venía a ser una especie de aduana por la que se introducía a la vida pública o se salía de la misma para refugiarse en el hogar. En él las direcciones se tornan verticales hacia los entresuelos y los pisos altos, y horizontales rumbo al patio y las habitaciones de recibo.

Para el peatón distraído, tal vez las calles de la Habana guarden una gran semejanza; en las mismas abundan los balcones, las altas y angostas ventanas simétricamente distribuidas, las ventanillas de los entresuelos, las maderas finamente trabajadas y los hierros forjados. No obstante, la fuerza homo-

genizadora no atrapa lo peculiar y característico, por que además, no se lo propone.

“La ciudad medieval es un medio homogéneo y a la vez plenamente identificable en todas sus partes. No hay en ella nada que disuene y rompa su sutil tejido; y sin embargo, ninguna calle se confunde con otra, ninguna plaza o plazuela deja de tener su propia identidad, ningún edificio deja de hablar su propio lenguaje, eso sí, perfectamente jerarquizados y sometidos por su significación y valor simbólico a los grandes monumentos representativos que dominan en volumen, escala y excelencia. Esa identidad sin romper la armonía del todo es algo que muy pocas veces en el curso de la historia ha caracterizado al fenómeno urbano. Nos hace pensar en el correlato plástico de un humanismo medieval, feliz resultado de un mundo en orden. Tema de meditación ante la atroz y masiva uniformidad de la metrópoli moderna o ante las distorsiones que produce la lucha de intereses, imagen de un mundo en desorden en el que el hombre no ha encontrado su sitio”.¹

Se explica que la Habana vieja haya sido declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad. “Su trama urbana se conserva intacta desde los siglos coloniales. Vista desde el aire parece compacta y abigarrada, respirando a través de un significativo número de anchas plazas y pequeñas plazuelas que distribuyen la brisa que entra, marina, desde el puerto. No hay modernas avenidas que

la surquen, ni alteraciones graves en su arquitectura. Por ello es uno de los conjuntos coloniales urbanos más conservados del continente.

"Andar por las calles de la Habana Vieja es acercarse al hombre dentro de su paisaje, viviendo su ciudad como aquellos habitantes de antaño, disfrutando sin aspirar a hacer de ella un museo estático, sino un monumento dinámico y en desarrollo".²

Se implanta la casa por secesión del cosmos y surgen las calles al conjuro de las fachadas, luego el solar urbano se acotará para la plaza y el templo, y así, de acotación en acotación, la ciudad crece.

Resultado de la voluntad colectiva, ahí donde el clima y los recursos de la tierra son propicios para la subsistencia y para más, se desarrolló la ciudad. Pero como toda sociedad políticamente organizada necesita gobierno, éste reclama su espacio en el solar urbano. Surge la geografía del poder —de la administración pública— que en tierras de España o en las conquistadas por ella, se acercó junto al otro poder, el espiritual, para dar relevancia al centro de la ciudad.

El hombre es el único animal que no tiene espacios caracterizados; su plasticidad le permite vivir en los polos, en el Ecuador, al nivel del mar y en las montañas. La cultura incorpora como patrimonio social lo que antes fue naturaleza, cosa im-

sible para el resto de los animales, que desde siempre buscan sus espacios vitales.

Pero en la ciudad el hombre limita sus horizontes físicos, y por ello la frecuencia y la intensidad con la que utiliza el espacio lo obliga primero, y lo capacita después, para una nueva forma de vida y entonces dirán los filósofos de la historia (Spengler), que nace el alma de la ciudad y con ésta la vida urbana, vida de gran interrelación ciudadana.

“A diferencia de otras ciudades coloniales en las que los centros de poder radican alrededor de una sola plaza, en la Habana se origina una descentralización que se manifiesta a través de un sistema de plazas de igual jerarquía, ubicadas en varios puntos de la ciudad y con distintas características.

“En los edificios que circundan la Plaza de Armas radicarón los poderes político y militar.

“Ella fue el centro de gobierno de la Isla. A su alrededor se levantan el Castillo de la Real Fuerza, el Palacio del Segundo Cabo, el Palacio de los Capitanes Generales y el Templete; sitio este último donde se celebraron la primera misa y el cabildo inicial de la Villa de San Cristóbal de la Habana. Allí acuden cada año los habaneros para conmemorar la fundación de su ciudad.

“En la plaza de la Catedral radicó el poder religioso. El imponente rostro de la Catedral de la Habana preside este espacio rodeado de elegantes casonas cuyos elevados portales enriquecen el conjunto arquitectónico, uno de los más hermosos de

la vieja ciudad. La fachada de la Catedral constituyó un punto de partida para la decoración de numerosas viviendas habaneras, eco del barroco tardío europeo.

“Las gestiones de aduana y comercio exterior se efectuaban en la Plaza de San Francisco, enfrente al puerto y en vecindad con la Iglesia y convento de igual nombre. En la fachada de este convento, que da a la calle Teniente Rey, está presente el barroco habanero, con su característica suave, sobria, alejada de toda grandiosidad”.³

Hoy la descentralización del poder se aviva en la ciudad polinuclear para constituir el signo del presente y con seguridad del futuro.

FORTIFICACIONES Y LIMITES

La Habana se fundó de cara al mar, más o menos en la fecha que ya señalamos anteriormente.

En el ánimo español privaron el interés y la necesidad por vías expeditas de agua hacia España y al Nuevo Continente, por eso se explica la fundación de ciudades donde había cabos, penínsulas, ensenadas o bahías, propicias o no, pero que los españoles consideraron convenientes.

El primer intento se registró en la costa sur con vista al Caribe, en la desembocadura del Río Güines, Mayabeque u Onicajinal. A este emplazamiento se cree que llegó Hernán Cortés, para abastecerse de provisiones y reclutar gente.

El segundo emplazamiento fue en la costa nor-

te, en la desembocadura del Caciguagua, Chorrera o desembocadura del Almendares, y por fin quedó situada la ciudad en el Puerto de Carenas, aprovechando la suave península que se adentra en la bahía, descubierta por Ocampo en 1508.

Sobre terreno plano fue creciendo la ciudad, a costa de la barrera tropical que imponía la tupida vegetación. Tunas, hicacos, uvas, caletas y otros frutales, conviviendo en trama que sólo el trópico sabe tejer, alternaban con árboles mayores como las jaguas, los mamones, las ceibas, los añones y aun cedros, jobos y caobas.

Ahí los límites de la ciudad fueron precisos, imponentes. Hacia adentro un manchón de hombres hacían vida urbana y luchaban por sobrevivir, rodeados de agua y de plantas. El aislamiento remarcó mayormente la frontera; todavía el hombre no tenía tiempo de teñir la selva de paisaje rural; la población de la Isla era escasa y la mayoría se concentraba en pequeños núcleos; así los límites tomaron también color: el azul del mar, y el verde de la vegetación.

El lugar ha sido adecuado, crece la población, los problemas del clima son menores que en otros lugares de la Isla, la tierra generosa brinda alimentos para el consumo y sobran para la exportación, la Habana se va convirtiendo en puerto clave para la metrópoli y hasta sus muelles arriban los barcos que llevan materias de las colonias y también los vacíos en espera de carga local.

Comienzan a llegar los productos de la metrópoli y el comercio alienta a la agricultura, a la ganadería y va diversificando la economía. La ciudad se extiende por la bahía, los vecinos se van agrupando alrededor de las plazas, los torreones agrandan los límites y luego la construcción de fortalezas marcará los sitios de un territorio en donde las armas defienden lo que no pueden las palabras.

La fortaleza como nudo solitario, o amarre de una muralla, es con esta última, el estilo característico de la ciudad medieval. "Para completar esa defensa se levantó entre 1673 y 1740 una muralla que limitó la expansión urbana a la Península que se adentraba en la Bahía".⁴

Primero el Castillo de la Real Fuerza en el corazón mismo de la ciudad, después los de El Morro, San Salvador de la Punta, La Cabaña, El Príncipe, Atarés, complementados por los torreones de la Chorrera y Cogimar, conforman la defensa de la ciudad y en gran parte la Habana Vieja. "Por eso la historia de esta ciudad es la historia de su defensa. En las fortificaciones yace el peso esencial de las edificaciones coloniales. Los recursos fundamentales se destinaron a este tipo de construcción, que marcó todo el resto de la arquitectura de la época".⁵

Al correr de los años los hombres cambian sus formas de pensar y de sentir, las nuevas técnicas de hacer la guerra tornan inútiles las antiguas, y caen en desuso las fortificaciones. La ciudad si-

que creciendo, rebasa los viejos límites y ahora los torreones y castillos se integran como obras civiles y testigos del ayer.

Hace muchos años que la vida moderna desbordó el antiguo casco que fue asiento del poder político, y que sigue como centro espiritual de Cuba. Han variado también los límites y si en muchas partes de la ciudad disponen de espacio borroso, hasta que por fin alcanzan precisión, no ocurre lo mismo entre la ciudad y el mar.

El malecón, brecha de concreto que serpentea haciendo concesiones al mar, pero tomándose las también, hace tajante el límite, precisa la frontera. De aquí hacia adentro es territorio urbano, de aquí hacia afuera el mar; azul, curvo en el horizonte lejano, a veces amable, en otras hostil, pero siempre motivo de esperanza.

Tierra adentro es otra cosa, el hombre se mueve con seguridad y construye con permanencia. El espacio que acota lo respeta la naturaleza, pues aun cuando la tierra fértil hace brotar la semilla con brío, el trabajo tesonero, con ayuda de la técnica, acaba por dominar la maleza.

En el mar al hombre se le dicta el movimiento y los únicos territorios firmes, que son los del fondo, han sido cementerio de intenciones, aunque ya trabaja afanoso por hacerlos suyos. Sobre la superficie marina se desplaza y hasta vive temporalmente, pero las libertades son pocas y sólo cuando el mar está tranquilo, pues basta con que amenace

el huracán para que la superficie curva se vea libre de criaturas impertinentes.

Por ello el hombre goza cuando puede hacer una secesión del cosmos y no deja que el coral o la fina arena, por atractivos que sean, le pongan límite a la ciudad. Así el malecón parece tener parentesco con la muralla, al querer apartar a la ciudad de lo aleatorio, de los enemigos tradicionales y de otros que no logra identificar, pero que intuye atentan en contra de lo creado por él.

Por supuesto que la evolución de los límites se da con la evolución de la ciudad, pues acaso el malecón, vía de comunicación expedita, ¿no resulta en cuanto a límite, una muralla acostada? En este caso también, como en otros, los límites toman carácter plurivalente.

Cuando el ciudadano domina su entorno edifica la fachada que contribuye a materializar el límite, límite que marcarán con mayor firmeza los torreones, los castillos, las fortalezas y las murallas; la vista percibe como acotaciones estas señales para luego incorporarlas al conocimiento y acostumbrarse a ellas. Pero un posterior y mejor dominio del entorno afina la costumbre, modifica la actitud y entonces los límites se levantan intangibles, no se necesita de lo material, para separar los confines de lo rural y de lo urbano.

La frontera es el límite, la línea donde se unen los territorios soberanos, es el filo donde se enfrentan dos formas de pensar y de sentir y no necesi-

riamente con la intención de agredirse; el enfrentamiento, que eso significa frontera, puede ser para exponer las diferencias y hacer comparaciones. Esto vale cuando se trata de la frontera con la selva y con el mar, ya que los límites se componen de factores geográficos y culturales.

El mar es y ha sido frontera geográfica tan señalada y reconocida que aceptamos su existencia como el dictado de una ley natural. Pero considerado como territorio de muchos hombres, da lugar a la acción humana y al surgimiento de límites de carácter cultural.

De los distintos límites que tiene la ciudad, el mar es uno de los más interesantes. Fuente casi inagotable de recursos minerales y de criaturas, las criaturas que le faltan el hombre se las inventa para darle tratamiento misterioso y casi humano con el que se deleita.

Tal vez en esto exista un atavismo explicable, pues se cree que en esta frontera, ahí donde la tierra y el mar luchan por un territorio, al amparo de condiciones propicias de luz, oxígeno y calor, en el fondo de las aguas someras, surgió la vida en nuestro planeta.

La Habana, que nació de cara al mar, moja su cuerpo en las aguas de la bahía y luego la desborda para salir al encuentro del Atlántico por la explanada de La Punta, luego en la Caleta de San Lázaro se hace cóncava y ondulante como cuerpo

de sirena, se torna convexa por el Vedado, para después resbalar por Miramar y más allá.

Por los rumbos de la tierra firme también se dilatan los límites, pero ahora con equidad y nuevo sentido de justicia, ya no son de barro untado a las yaguas las edificaciones campesinas que dan el frente a la ciudad. En las cercanías de la Habana y hasta el interior llega el aliento de los constructores. Edificios de varios pisos se levantan donde antes había pobres bohíos, pero aunque modernizada el alma rural, sigue siendo diferente a la urbana, pues un conjunto de modernos edificios no necesariamente constituye una ciudad.

Para determinar la naturaleza del alma rural o del alma urbana, tal vez la clave esté en la densidad de la cultura, considerando a esta última en sus aspectos material y espiritual. Una mayor densidad de la cultura de la ciudad respecto al campo, puede apreciarse por la presencia y distribución del poder público y hasta privado.

Rastreando la Antropología encontramos que en algunos pueblos primitivos apenas si hay gobierno. Cosa parecida podemos decir para los consumos de energía y otros indicadores de la densidad cultural.

La ciudad es diferente del campo, no porque los hombres de aquélla o de éste sean de diferente pasta, sino porque están hechos de diferentes culturas.

Vista la ciudad desde el campo, se aprecian sus logros y también sus vicios. Visto el campo desde

la ciudad, se nota su fragancia, la quietud dominante de la planta, sin más translación que la que le da el viento y se advierte también, en sus remotos ayeres, el origen mismo de la ciudad, cuando la entraña proveyó de excedentes agrícolas para alentar el comercio y diversificar la actividad económica. Reflexionar o divagar sobre los límites de la ciudad, constituye una aventura equiparable a la búsqueda física de los mismos. Si queremos conocer una ciudad, debemos adivinar sus límites, lo mismo para contemplarla, que para conocer su historia y planear su desarrollo.

En el carácter multivalente y dinámico de los límites, está la clave de lo que es ciudad. Por supuesto que la noticia de los límites no lo dice todo, pero es mucho reconocer y fijar dinámicamente la existencia de los mismos. En el territorio que encierran, los hombres luchan para satisfacer sus necesidades materiales y espirituales, haciendo uso intensivo del espacio.

Del suelo aledaño a los límites o de más allá, vienen los víveres, las materias primas se extraen del subsuelo de la región o de otras regiones, la energía viene también aprisionada en las materias del subsuelo y luego mediante procesos técnicos habrá de liberarse. Sobre el territorio una red de comunicación hace fluir los procesos sociales y así materias primas, energía e información, vertebrados por la organización, que es asiento del poder, conforman la ciudad.

La interrelación creciente de los factores señalados da la información de la densidad de la cultura

¿Por qué ese afán de ponerle límites a la ciudad? Creemos que con afán o sin él, los límites existen y están más allá del mero deseo; resulta difícil concebir las cosas sin límites y tal vez hasta las mismas ideas. Por otra parte, ¿cómo organizar algo que no tiene límites? ¿Cómo ejercer el poder en territorios infinitos?

Los límites de la ciudad son asunto apasionante ligados a la geografía del poder, y en función de los mismos la ciudad cobra personalidad y vida propia.

RUPTURA Y REEVALUACION DEL CENTRO

El progreso técnico llegó a la ciudad para hacermeña en el corazón de la misma. Por fortuna los proyectos de remodelación no se llevaron a cabo y la traza original quedó inalterada; así las plazas y muchos edificios escaparon a la demolición, pero la casa, en el corazón de la ciudad, se vio modificada.

Ya el patio no servirá como recurso de climatización pasiva; el clima acondicionado lo marginó en unión del zaguán. Las ventanas ya no tendrán la función de estrangular el aire y por lo mismo dejan de ser recursos de frescura; de ahora en adelante el propósito de su existencia y su diseño se altera radicalmente, se clausura, pues deberán permanecer cerradas y por ello no serán tomas para el viento.

La climatización artificial exige volúmenes cerrados, es enemiga de las fugas, la comunicación con el exterior deberá ser rígidamente controlada para evitar el gasto extra de energía y merma en el grado de comodidad; así el hombre se torna víctima del espacio climatizado, un poco prisionero, pero no por vocación o espíritu religioso, como es el caso del musulmán. La industrialización cambia las formas de ser, y con ello también el uso del espacio, de la ciudad. Luego el patio comienza a sobrar al parejo del zaguán, pero en la urbe industrializada todo el espacio libre debe ser ocupado, máxime si se encuentra en el centro de la ciudad. La mudanza técnica revaloriza el suelo urbano y al parejo, o al amparo de los industriales, surgen los especuladores de terrenos urbanos y de los que no lo son, pero que pronto se incorporarán con ese carácter; así los aledaños van cobrando importancia.

Después el automóvil modificará radicalmente las costumbres. Las calles diseñadas para el hombre que camina contando sus pasos, para el carruaje tirado por caballos, no pueden contener tanto vehículo; los gases de la combustión comienzan a vestir a la ciudad, el ruido de motores y de silbatos, la multitud que no cesa de llegar del campo, los comercios que han crecido porque también ha crecido el afán por adquirir cosas, es demasiado para la calle angosta y antes tranquila.

Los ricos comienzan a abandonar sus casas en

el centro de la ciudad y al rentarlas para comercio u otros propósitos se modifica el uso inicial. Ya los bonitos patios podrán destinarse a menester más práctico, los zaguanes a pequeños comercios, la casa comienza a dividirse, a modificarse para alojar más inquilinos, una gran residencia está bien para una familia rica, pero una pobre qué hará con ella; donde había una, ahora hay diez, la vida en esos lugares va dejando de ser privada, la ropa sucia ya no se lava en casa, sino a la vista de los demás y también se tiende para ser vista por todos. Poco se puede conservar en privado, la intimidad se vulnera a diario y así la autonomía psicológica sufre serios descabros que repercuten en la relación social.

La clase acomodada les ha dejado en parte el centro de la Habana Vieja a los pobres, y ellos han escogido lugares más agradables para vivir, con vista al mar, casas de nuevo diseño y las comodidades de la vida moderna. Si en el centro persisten sus negocios, eso no importa, el poder del automóvil facilita los traslados; sin embargo, si huyeron del centro buscando la comodidad, no acaban de librarse del congestionamiento y de la falta de espacio para estacionar el carro cuando ocurren a ello.

El poder del automóvil agranda la ciudad, la Habana desborda el casco antiguo y las nuevas colonias de modernas residencias llevan el sello de la arquitectura de su tiempo; ahora la influencia de la ciudad anglo-sajona se deja sentir, el jardín pro-

liferas y según son los recursos, es la amplitud y belleza del mismo.

Del campo llegan multitudes atraídas por la ciudad, crece la población y el centro acaba por saturarse; los que llegan tarde ya no encuentran espacio en él y entonces forman barriadas en los suburbios. Surgen con esta inmigración los arrabales, las barriadas miserables de casas improvisadas, carentes de servicios públicos y de urbanización.

“Los organismos oficiales, planificadores y urbanistas, son lentos en sus previsiones y todavía más en sus realizaciones. Mientras retienen las zonas convenientes y planifican sobre ellas preparando la solución al crecimiento, la realidad, con sus crudos imperativos, rompe por los lugares más imprevistos e incongruentes; cuando las autoridades quieren darse cuenta se encuentran ante sí con una ingrata y voluminosa realidad que modifica los datos de un problema que se pensaba abordar serenamente en los tableros de dibujo. Entonces hay que acudir, como quien va a sofocar un incendio, a absorber en barrios experimentales y semiprovisionales lo que las poblaciones desheredadas han improvisado ante la urgencia de su situación. Entonces se añade a una improvisación otra, que suma al caos la incongruencia. Con ir y venir espasmódico, haciéndose y deshaciéndose, pero siempre a medias y bajo la presión de inquietantes circunstancias, va transformándose la ciudad con un crecimiento que

ni es ordenado por vía técnica ni es pausado y orgánico por vía natural".⁶

El problema de los barrios, de los ghettos negros, que también los había en la Habana, parecía menos grave al del centro de la vieja ciudad; las casas que un día fueron el orgullo de sus dueños, a fuerza de divisiones, descuido y hacinamiento, se convirtieron en vecindades sórdidas, húmedas, anti-higiénicas. Ahí se refugiaba el pobre en tremenda promiscuidad, ahí floreció el vicio, la prostitución y la vagancia; pero es justo decirlo, que de ese conglomerado, como del de los barrios salía gran parte de la fuerza de trabajo y muchos que con esfuerzo tomaron caminos de dignidad; de esta masa ciudadana la revolución nutrió sus filas urbanas.

Sin embargo, las oportunidades eran pocas, el desempleo antes de 1959 ascendía a medio millón; en una población de seis millones sólo uno tenía casa propia; la mortalidad infantil era de 70 por cada mil nacimientos y casi todo lo que el cubano consumía era importado. "En Cuba había en 1958, cerca de 100 mil prostitutas. De ambos sexos además".⁷ Así, de cada 60 cubanos, uno se dedicaba a la profesión más antigua y muchos de ellos habitaban en la Habana Vieja.

Con frecuencia los cambios que sufren las ciudades en la novedad llevan la agresión. La prisa dominante atenta contra el patrimonio cultural y si no es aliada de la ignorancia, se ampara en el disimulo recurso zafio de la improvisación. El nue-

El constructor no debe, necesariamente, llevar al término o a la marginación lo ya construido. Pero en esto parece no sólo haber imprudencia o incomprensión para el pasado; en el alma ciudadana se vuelven paradójicamente las fuerzas ancestrales del alma trashumante, de esa alma destructora capaz de tirar una fortaleza o un castillo, para levantar una cerca, sólo una cerca, de carácter temporal.

Por fortuna no se modificó el trazo original y la Habana conserva su estilo de antaño; cierto que contra la costumbre establecida hubo en la geografía del poder alguna descentralización, pero aun así el viejo centro siguió como pivote espiritual de la ciudad, y es que el área central, como lo ha señalado Blumenfeld,⁸ representa la esencia de la metrópoli, el lugar por excelencia para el complejo comercial y de negocios.

“Además del comercio, tanto, de los grandes almacenes como de las tiendas especializadas, el complejo de oficinas, corporaciones, instituciones financieras, administración pública y los despachos de profesionales que sirven a todo este mecanismo, en el área central encontramos importantes establecimientos culturales, bibliotecas, museos, galerías de arte, teatro y ópera y el sinfín de lugares de convivencia como hoteles, restaurantes, clubes, cafés, etc., toda esta función del área central decae, se deteriora y puede llegar a fracasar por completo si la accesibilidad falla”.⁹

El crecimiento de la ciudad hacia el oeste re-

percutió por partida doble, de una parte salvó el centro de agresiones que hubieran podido tener como consecuencias funestas, y de la otra, al abandonarlo a su mantenimiento, propició el deterioro de viviendas y de otras edificaciones.

Antes de 1959 hubo un intento de demolición que de haber cristalizado habría quitado su ángulo a la Habana Vieja, pues en el mismo sólo se consideraba la conservación de algunas edificaciones dispersas.

Población y vivienda, servicios primarios, sistema de centros, monumentos, transporte, red vial, calidad ambiental y desarrollo turístico recreativo son los componentes principales del plan director de la Habana Vieja.

“Como medidas de conservación a corto plazo se propone: impedir la creación de nuevos almacenes y desactivar los innecesarios; reducir al mínimo las demoliciones; tomar medidas urgentes de apuntalamiento y consolidación en las construcciones que ofrezcan mayor peligro; recuperar y acondicionar los edificios que se encuentran deshabitados o subutilizados, otorgándoles funciones compatibles con el centro, principalmente de vivienda; actuar en función de un remozamiento general de fachadas, techos y redes técnicas, con el fin de mejorar el aspecto actual del núcleo.

“Entre las medidas de conservación y revitalización que se proponen a mediano plazo, aparecen las siguientes: recuperar aquellos monumentos o

mayores dimensiones y relevantes valores arquitectónicos para ser utilizados en funciones de cultura, educación, recreación y otras de amplia proyección social; incrementar las instalaciones gastronómicas, comerciales, recreativas, atendiendo a una programación de uso que comprenda tanto la población local como a los visitantes y turistas; desarrollar los trabajos de conservación y restauración de modo prioritario en aquellas áreas que, por la alta densidad poblacional o deterioro de los monumentos, se han señalado como zonas críticas; reactivar las principales arterias de comercio tradicionales del centro histórico. Obispo, O'Reilly, Monserrate y Ejido; crear alrededor de las grandes plazas núcleos de actividades permanentes que actúen como polos de interés cultural y recreativo dentro del centro histórico; desarrollar en el área de las plazuelas y áreas libres una serie de actividades permanentes y ocasionales que complementen y extiendan la utilización del centro histórico".¹⁰

Bajo el plan anterior, el gobierno cubano inició la revaluación del centro de su ciudad capital, sitio que ha sido escenario de gran parte de la historia de Cuba. Lugar para la contemplación, tiene la dinámica de hoy y así el pasado parece renozarse para fortalecer al presente.

El hombre es una criatura de nostalgias, porque el tiempo que ya se fue lo siente irreversible, irrecuperable, pero los testimonios que nos deja son el asidero con el mismo, por eso en la ciudad, tratada

con esmero, los sitios evocadores son como un pasado en presente, de ahí la necesaria preservación de los mismos.

El hombre primitivo caminaba a tientas por la vida y sólo cuando se inició como creador de cultura, les dio unidad a los tiempos de su existencia entonces logró la tranquilidad que su espíritu necesitaba al poder transmitir su saber a las siguientes generaciones. En la ciudad la civilización se teje por ese lazo que llamamos solidaridad, y que le da unidad al pasado, al presente y al futuro del hombre.

CLIMA Y CIUDAD

Buscadora de sombras y de brisas, la calle habanera parece jugar a las escondidas con el sol. Todo recurso era válido para quebrantar la radiación tropical que no obstante las muchas nubes hacía sentir lo mismo a los grandes señores que a los alarifes. Así por la vía de la razón se fijó en el pensamiento el binomio clima-ciudad, para después pasar al subconsciente y generar hábitos, costumbres y comportamientos en la edificación.

La calle habanera necesitaba rincones y esquinas para el fresco, según la hora se establecían los territorios del sol y de la sombra, ¿para qué la calle derecha que tanto reclama la ciudad de hoy? Aquella podía tener recovecos y con eso la posibilidad de remolinos de la brisa, que entraba desde el mar. El tránsito y la costumbre no precisaban de

la derecha, era prudente por otra parte, quebrar la línea recta —cuestión de estrategia— no convenía. allanar al enemigo los caminos de la ciudad. Pero además, los rincones y las esquinas obedecían al reclamo popular para otro menester; en ellos los grandes señores, la comadre presumida, la vecina amable, el pregonero de la tarde y de la mañana, establecían la comunicación, ¿y cómo olvidar a los enamorados, a los artistas, a los políticos y sus lugares preferidos?

La ciudad medieval implantada en el trópico creció al amparo de la razón y de la no razón, no sólo se planeó, también la improvisación tomó su lugar, la acción inteligente no puede comprender todas las contingencias en tierra virgen, o aún ya conocida, pero siempre guardadora de sorpresas; así, entre previsión y tanteo, acierto y error, toma cuerpo la ciudad que después será disfrutada por sus habitantes, al estilo caribeño.

Cada mañana la presencia suntuosa, dominante hasta molesta del sol, le recuerda al habanero que la ciudad está en la región donde abunda la luz. Imposible librarse, sacudirse su dominio, hasta que se sepa aprovecharlo, entenderlo, colaborar con él, hacer cultura solar; ya otros pueblos desde el inicio de la historia inventaron mitologías, pero además los egipcios descubrieron el efecto invernal y los romanos encendían el fuego divino concentrando los rayos mediante espejos. Se cono-

cia también la técnica para colorear vidrios y cristales tales.

Los verdes y los rojos se obtenían gracias al cobre, si bien el rojo de mejor calidad requería el uso de oro, como aún se hace hoy. Los marrones y los amarillos se conseguían añadiendo hierro, mejor amarillo con plata pura y el azul con zafiro. Este último término árabe que designa a una mezcla de cobalto y hierro. Por el contrario, se descubrió el modo de fabricar vidrio incoloro, bien utilizando materiales más puros o bien suprimiendo el tinte verde o el marrón del hierro, mediante la adición de "jabón de vidrieros" (bióxido de manganeso).¹¹

"Pero para entablar un diálogo con el sol, había que brindarle los espejuelos adecuados. .

"Espejuelos que sirvan al sol para ser más clemente con los hombres. De ahí que el "medio punto" que el bano haya sido el Intérprete entre el Sol y el Hombre —el Discurso del Método en plano de inteligibilidad recíproca. Si el sol estaba presente, tan presente que a las diez de la mañana su realidad hacía harto deslumbrante para las mujeres de casa, había que modificar, atenuar, repartir fulgores: había que instalar en la casa un enorme abanico de cristales que quebraran los impulsos fulgurantes, pasando lo demasiado amarillo, lo demasiado áureo, del incendio sideral a un azul profundo, un verde de agua, un anaranjado clemente, un rojo granadina, un blanco opalescente, que diese sosiego al ser acosado por tanto sol y resol de sol. Cr

cieron las mamparas cubanas. Se abrieron en su remate los abanicos de cristales y supo el sol que para entrar en las viejas mansiones —nuevas entonces— había que empezar con la aduana de los medios puntos. Ahí estaban los almojarifazgos de luz. Ahí se pagaban, en atenuaciones, los derechos de alcabala de lo solar”.¹²

Así la técnica utilizada por vez primera en las catedrales mediterráneas del Siglo XXII, se propagó a edificios y casas de la ciudad, para hacer más placentera la vida a los habitantes en regiones de mucho sol.

Como se sabe, el vidrio ligado con los minerales que le dan color, dreña los rayos visibles (luz) y los infrarrojos (calor) y de esta manera contribuye a climatizar agradablemente el interior de las habitaciones. Esto que fue técnica común en la Habana Vieja cobra importancia en la actualidad.

Los cristales revestidos de una fina película de oro (una onza es suficiente para cubrir noventa y tres metros cuadrados) no sólo reflejan el sol en verano, sino que en invierno pueden retener el calor interno dentro de los locales y conservar así una temperatura agradable en el interior de los edificios. El edificio del New Royal Bank of Canadá que resplandece cual inmensa pepita de oro por encima de la ciudad de Toronto, a sus pies, contiene 77.7 kilos de oro en las dos mil setecientas veintinueve ventanas. “Las consideraciones energéticas fueron la

preocupación principal al escoger el cristal dorado reflejante”, informaba el arquitecto.¹⁸

Pero la casa con su comodidad y todo, no puede retener por mucho tiempo a una población pañera; así pasadas ciertas horas en las que lucha por sus dominios las penumbras y la luz, la casa de refugio íntimo, un poco o un mucho al estilo árabe en cuanto a recogimiento, abre sus puertas y entonces las calles con sus rincones frescos y sus esquinas de fraile se convierten en ríos para el ruido.

La necesidad de una calle con espacios permanentes de sombra a todas horas del día, con seguridad que obligó al constructor a la edificación de portales, y a partir de ese momento, se propagó la columna en tal número y estilo, como en ninguna otra ciudad del continente.

“El aspecto de la Habana, cuando se entra en su puerto —escribía Alejandro de Humboldt en los primerísimos años del siglo pasado— es uno de los más rientes y de los más pintorescos que puedan gozarse en el litoral de la América equinoccial, al norte del Ecuador. Este lugar, celebrado por los viajeros de todas las naciones, no tiene el lujo de vegetación que adorna las orillas del río Guayaquil, ni la salvaje majestad de las costas rocosas de Río de Janeiro, puertos del Hemisferio Austral, pero la gracia que, en nuestros climas, embellece los paisajes de naturaleza culta, se mezcla aquí a la majestad de las formas vegetales, al vi-

gór orgánico que caracteriza la zona tórrida. Solicitado por tan suaves impresiones, el europeo se olvida del peligro que le amenaza en el seno de las ciudades populosas de las Antillas; trata de entender los elementos diversos de un vasto paisaje, contemplar esas fortalezas que coronan las rocas al este del puerto, ese lago interior, rodeado de poblados y de haciendas, esas palmeras que se elevan a una prodigiosa altura; esta ciudad, medio oculta por una selva de mástiles y los velámenes de las naves"... Pero, añade el amigo de Goethe, dos páginas más adelante, al referirse a la Calle de los Mercaderes: "Aquí, como en nuestras más astiguas ciudades de Europa, sólo con suma lentitud se logra enmendar el mal trazado de las calles".¹⁴

Como se ve, inquietaba al ilustre viajero que la calle no tuviera derecho y al ver la de los Mercaderes y otras de la Habana Vieja, se acordaba que también en las ciudades europeas, ya para su tiempo, la calle con recovecos no era la que se deseaba, y eso que todavía el automóvil no imponía su dominio; sin embargo, volvía el trazo recto, en cuadrícula, a cobrar relevancia. Pero no se crea que este trazo que lleva a uniformidades y hasta a monotonías es nuevo como aprovechamiento del espacio.

"La malla cuadrangular que llamamos coordenadas cartesianas se conoce hace mucho tiempo, pero la noción de una intersección de ángulos rectos no es ni matemática ni física en su origen. Los cam-

pamentos cuadrados de los romanos, por ejemplo, estaban precisamente ordenados de esa forma; había dos calles principales con el cuartel general en la intersección. El campamento romano se inspiró, en un principio, en el modelo del pueblo; un pueblo con mucha gente de paso, pero que era, de todas formas, el pueblo urbanizado del siglo VIII a.C. en Italia. Pero los pueblos fueron construidos según este plano cuadrangular desde la Edad de la Piedra por razones puramente sociales, correspondiendo a las cuatro divisiones de la tribu en cuatro subclanes, entre los cuales no se permitía el matrimonio. Cada uno de estos tenía sus propios símbolos y sus animales totémicos.

"La idea de esta forma de un poblamiento es la idea de ley, de regla. Regla es, en sí misma, una palabra social a la que se le dio posteriormente un significado matemático. Lo mismo sucedió con los puntos cardinales, que correspondían a la orientación del campamento: una transición desde la primitiva ordenación social hasta una ordenación geométrica muy complicada".¹⁵

La cuadrícula pues, ha tenido presencia milenaria en el trazo de la ciudad y sólo se interrumpe o por lo menos se modifica durante la Edad Media para luego resurgir al tiempo de la Revolución Industrial bajo el utilitarismo, la especulación. Corren los tiempos y el espacio gana valor, no debe desaprovecharse, con la cuadrícula es fácil dividirlo, los cálculos son más rápidos y las utilidades re-

dondas. Las casas en serie para obreros y otros grupos tendrán el sello de la repetición, casas iguales sobre terrenos iguales, la estandarización salta del taller y de la fundición, para refugiarse en la industria constructora y así el espacio, los materiales y el trabajo de los nuevos alarifes, se optimiza en función de la productividad y consecuentemente de las ganancias.

El paisaje urbano se repite monótono como en colmena, no con el aliento de lo que se crea para el gusto propio, sino como resultado del interés ajeno. A lo largo y a lo alto crecen las ciudades bajo el signo de la línea recta, y la calle chueca con sus rincones íntimos y personalidad propia, parece anticuada a la necesidad del tránsito moderno y al delirio de la velocidad. No hay oficio más difícil que el del constructor de ciudades. Su misión consiste en hacer felices a los habitantes de la ciudad, y pocas veces lo consigue. Sin embargo, de todas, parece que fue la medieval la que mejor se acopló al gusto de sus moradores.

Los españoles llegaron a América cuando ya la Edad Media había caído en Europa, pero el oficio para edificar ciudades tenía en mucho los modos de aquélla, así en la urbe americana se notó la traza, el diseño, de la época ida.

De enero a septiembre domina el viento del este sobre la ciudad y sólo se modifica para soplar del este noroeste en los dos meses siguientes, para nuevamente tomar en diciembre el rumbo domi-

nante. Por supuesto que esta característica varía durante los huracanes. Así mismo, por el diferente calentamiento del mar y la tierra, durante el día las brisas se alternan para ser marinas o terrales. La circunstancia que influye en los rincones o lugares del fresco, como señala Alejo Carpentier.

“No había casa, en los días de mi infancia, donde no estuviese perfectamente localizado “el lugar del fresco”, que solía desplazarse de primavera a otoños, cuyo ámbito era juiciosamente aprovechado por los moradores, quienes, en prueba de amistad, revelaban sus arcanos a algunos visitantes escogidos. El “lugar del fresco” rompía por lo demás, con las reglas de la urbanidad al uso. Si el “lugar del fresco” estaba allá en un rincón del traspatio, o en la proximidad de las cocinas, no tardaban los habitantes, luego de una conversación protocolaria en un gran salón que era siempre, como por casualidad, el lugar menos fresco de la casa, en trasladar sillones y butacas a donde empezara a descender el terral de las nueve; o, en ciertos meses, una “brisa de Cojimar” que, por encima del puerto, traía sus alientos de lluvias lejanas”.¹⁶

La temporada de lluvias se inicia a fines de mayo y se prolonga hasta octubre; en este período cae un 70 por ciento del agua del año y entonces los habaneros aprovechan los corredores que los libran del sol, para resguardarse de la lluvia. Es frecuente que después de un chubasco atronador, el cielo se limpie y luzca azul como el mar si es

de día, o si de noche, la misma se torne fresca y deje ver el cintilar de las estrellas. Así acontece con regularidad en el Tropicana, pues mientras los reflectores, las neblinas artificiales y las estrellas del espectáculo danzan dentro del circo de palmeras, las otras estrellas, las del cielo, parecen asomarse a la función.

La corriente del Golfo, que acumula el calor del sol en su recorrido por el Atlántico y el Caribe, influye para hacer de la Habana una ciudad más calurosa que otras situadas en la misma latitud del hemisferio austral; sin embargo, son notables las variaciones de la temperatura durante el día y de ahí el rejuego de las brisas. Aun así, la temperatura más baja registrada en la Habana ha sido de 10 y la media anual oscila alrededor de 24 grados.

Viento, humedad, sol, brisas y mar, arrullan al cubano desde niño, para ya adulto, formarlo alegre y decididor. Y no se trata de astrología o determinismos, sino de la explicable relación con la naturaleza; los hombres se parecen al paisaje que habitan; cierto que el mismo se puede modificar, pero sólo hasta cierto límite, pues aunque la ciudad es cultura en tierra que fue virgen, no por ello el hombre se divorcia de la región, del entorno.

Que la calle cubana haya sido siempre parlera y decidora de pregones, según lo señaló Carpentier, se explica por el carácter del cubano. El pregón le llegó de España, pero al avecindarse en Cuba tomó la gracia caribeña. Pregones mandó decir

Hernán Cortés en su empresa para la Conquista, pregones dijo Velázquez en Santiago, pero esos eran los del ámbito del poder se referían al dominio de los hombres. En cambio el pregón popular que no buscaba la gloria, sólo la sobrevivencia, abundaba en ingenio y era como un canto al trabajo.

Ya no se escuchan los pregones por las calles de la Habana, el vendedor ambulante desapareció con el advenimiento de la Sociedad Socialista, pero el Gobierno Cubano no ha dejado que se pierda este aporte popular a la cultura y es así como organizó el año pasado el Primer Festival del Pregón. Bajo la noche santiaguera volvió a escucharse al manisero, al vendedor de mandarinas, de caramelos, de raspaduras de miel, al heladero y a muchos otros que emocionados, contribuyeron para meter barullo en la calle "indiscreta", "fisgona", parlera de ayer, de hoy y de siempre.

LOS MATERIALES DE LA CIUDAD

El hombre construye con materiales y con ideas. Agregadas a éstas los procedimientos, las normas, las costumbres y hasta los prejuicios y las reacciones, organiza la familia, la sociedad y establece el gobierno. Así las ideas sobre la ciencia, lo divino, la moral, la religión y el derecho; su estilo para representar a la naturaleza y al hombre, al través del arte (arquitectura, pintura, música, literatura, danza, etc.), forman la cultura espiritual, y con ella el hombre procura satisfacer sus necesidades espiri-

tuales. Pero el hombre también es materia y así los procedimientos, las herramientas y los métodos con los que logra satisfacer sus necesidades materiales, se conocen como cultura material.

Los antropólogos entienden la cultura como algo opuesto, o por lo menos distinto a naturaleza, y por ello pudiera decirse que cultura es aquella parte de la naturaleza incorporada al patrimonio social y por lo mismo constituye atributo exclusivo del hombre. Un arado, una choza, un anzuelo. Los modernos o viejos edificios en el centro de la ciudad, los satélites artificiales, la olla de barro, la red del pescador, o el radiotelescopio, forman parte de la cultura material y mediante la misma el hombre se da albergue, alimento y vestido.

La relación entre esas ramas de la cultura es tan estrecha, que en ocasiones la frontera se vuelve difusa y el orden de aparición de alguna de ellas se torna difícil de establecer. Así la rueda pudo haber sido primeramente idea en la imaginación del hombre primitivo, luego símbolo sobre la arena y después círculo material, sin principio ni fin. Pero pudo acontecer que el hombre viera cómo muchos objetos ruedan en la naturaleza y de ellos tomó ejemplo para crear la que ha sido impulsor notable del progreso.

Con relación a lo anterior, tal vez sea aleccionador el ejemplo que sigue: En la crítica que Graciela Phillips ¹⁷ hace del libro de Goldstein publicado con el título *Los Albores de la Ciencia*, por

la editorial Fondo Educativo Interamericano, la escritora, en una de las partes de su artículo se pregunta: ¿Y qué querrá decir —Goldstein— con esa frase vaga y ampulosa? “La ciencia parece desarrollarse con mayor exhuberancia en las culturas que tienen una actitud positiva hacia el mundo de los sentidos; parece agotarse en las culturas que acentúan lo espiritual y ultraterrenal... (p. 40)”. Y agrega la escritora: En su insuperable obra *La Ciencia en la Historia*¹⁸ Bernal escribió que “la expresión de la ciencia es inicialmente verbal y luego escrita; por consiguiente, las ideas y las teorías de la ciencia son extraídas de la vida social y provienen, a su vez, de la magia, la religión y la filosofía”, actividades, nos dice la escritora, que más que sensoriales, podrían formar parte de lo espiritual y ultraterrenal, y termina la Sra. Phillips preguntando: ¿Cuáles serán unas y otras culturas?

Sin ánimo de entrar al refuerzo de la crítica, pues la Sra. Phillips no necesita ayuda, no podemos resistir la tentación de preguntarnos: ¿Creería el Sr. Goldstein, al formular su frase, que los sensuales y sensitivos romanos hicieron más por el progreso de la ciencia que los espirituales y filosóficos griegos?

Consideramos que un antropólogo ha de ver como explicables este tipo de confusiones, dada la gran interrelación entre los campos que forman la cultura. A este particular resulta ilustrativo lo dicho por Bernal, en otra parte del libro ya citado.

“Realmente el ideal de la ciencia pura —la búsqueda de la verdad por la verdad misma— es la expresión consciente de una actitud social que ha entorpecido grandemente el desarrollo de la ciencia y que ha coadyuvado a ponerla en manos de los obscurantistas y los reaccionarios (sección 4.6). Es preciso recordar siempre que la ciencia únicamente es completa cuando se siguen las indicaciones. La ciencia no corresponde exclusivamente al pensamiento, sino al pensamiento llevado continuamente a la práctica y renovado por la práctica (sección 14.2).

”Por esto es que no se puede estudiar la ciencia separada de la técnica. En la historia de la ciencia se puede advertir reiteradamente cómo surgen de la práctica nuevos aspectos de la ciencia y, a su vez, cómo los nuevos desarrollos de la ciencia producen nuevas ramas de la práctica. La profesión del ingeniero moderno se debe, con mucho directamente, al progreso científico. Los mismos nombres de las clases de ingenieros que ahora existen —ingenieros electricistas, ingenieros químicos, ingenieros de radio— indican que todas ellas fueron originalmente ramas científicas, convertidas actualmente en ramas de la práctica (páginas 54 y 55)”.

Hoy las ciudades disponen de muchos productos materiales para satisfacer sus necesidades, pero no siempre fue así, hubo tiempos en los que el hombre trotaba todo el día a caza de alimento, se cubría el cuerpo con toscas pieles o con hojas y las

cuevas eran su albergue; después, al mejorar sus técnicas, dispuso de otros materiales. Ciertamente siempre ha contado con madera, piedra y cuero, pero existen límites muy señalados de lo que se puede construir con esos materiales, pero apenas descubrió el uso de los metales y sus posibilidades creativas se multiplicaron.

Conforme aumentó el uso de los metales, el valor del cobre y el estaño —los dos principales componentes del bronce— dio por resultado un comercio extenso de dichos metales. Hemos visto que gran parte de Europa neolítica se enlazó a través del comercio de metales.

Pero también hubo otros límites, el grado en que podía utilizarse el bronce. Los minerales de cobre y estaño no son muy abundantes, de manera que las limitaciones tanto en las técnicas de extracción como de descubrimiento de yacimientos evitaron que la utilización de los metales se extendiera en gran escala.

Una vez que el hombre aprendió a extraer hierro metálico de los minerales de hierro —operación más difícil desde el punto de vista tecnológico que la de producir cobre— el uso de los metales aumentó rápidamente, porque los minerales de alta concentración de hierro son mucho más abundantes que los buenos minerales de cobre. En verdad, tan abundantemente ha sido dotada la superficie de la tierra de hierro, que, a pesar de los al-

tos coeficientes de producción, todavía están en servicio los yacimientos de alta concentración".¹⁹

Cuando llegaron los españoles a Cuba, se había progresado mucho en el labrado de los metales, en el de la piedra, de la madera y las pieles. En la confección del vidrio, de los textiles; en la navegación, en la construcción de caminos y de ciudades; no obstante, la edificación urbana en tierra virgen se inició con modestia y así fue como el barro unido a las varas y la palma como impermeable, formaron paredes y techos. Se explica ese modesto inicio de la ciudad tropical, pero vendrían tiempos mejores en los que el crecimiento de la población, el establecimiento formal del gobierno, la regularidad de la comunicación con la metrópoli, la explotación de la ganadería y de la agricultura de la Isla, la extracción de minerales preciosos en México y Perú, intensificarían el comercio y con éste la consolidación y el embellecimiento de las ciudades.

Así las sólidas columnas fueron substituyendo a los horcones de madera, los sillares y los ladrillos cocidos, al barro y a la palma; los techos pesados se sustentarían sobre gruesas vigas o sobre bóvedas de ladrillo; la fina madera se labraría para los grandes portones y para las angostas y altas ventanas; el hierro substituiría a las varas y a los cordeles como fijador de diversos materiales y para sostener en su giro todo aquello que tuviera que girar. La traza urbana se quedaría con el sello medieval, pe-

ro no las costumbres. Los gustos y el estilo de hacer vida ciudadana se fue caracterizando, tal vez al amparo del clima físico, como algo diferente al de la metrópoli. Después la población negra influiría en el canto, la danza y hasta en el habla popular, para hacer del caribeño un ciudadano alegre, locuaz, de ánimo ligero.

No sólo las fortalezas tienen carácter monumental; si por el volumen, el peso y la reciedumbre, por el crecimiento horizontal que aventaja al vertical, constituyen el centro de la acción edificadora, la casa y otros inmuebles en consonancia con su proporción, van tomando su importancia y así la ciudad crece para integrar con cada grano, lo que serán sus elementos estructurales, sólidos, recios y pardos, tal vez para amortiguar el mucho sol tropical.

Alrededor de las plazas, entre las fortalezas y cerca de los centros del poder civil y religioso crece la ciudad. El oficio de hacer ciudades se renovó en la Edad Media y por España fluyó la corriente constructora de tres culturas: la cristiana, la grecolatina y la árabe. Pero la arquitectura española no sólo vive de préstamos, España ha sido receptora, decantadora y exportadora de cultura.

La ciudad no sólo es asunto de arquitecturas (manejo de espacios, volúmenes, decoración, bella geometría), requiere también de pericias administrativas, ya que a medida que la dimensión sube de tono, se complica el abastecimiento de los dife-

rentes materiales; de su elaboración, así como la organización del trabajo y el afinamiento de las funciones de dirección.

Muchos productos no se producían en la Isla y entonces tenían que importarse de la Metrópoli o de otros países, pero acontecía que los caminos de la tierra y el mar se interrumpían frecuentemente, privando a la ciudad del disfrute de los mismos. Algunos había que por su demanda, las técnicas disponibles, el espíritu de empresa y la organización artesanal, se fabricaban localmente para darse cabal o parcialmente la substitución, pero otros no podían producirse ni encontraban sucedáneos; por ello nuestras tierras de América tenían condición de colonias sujetas en lo económico, en lo político y en lo social, al dictado del poder metropolitano. Sin embargo, Cuba tuvo a temprana hora la oportunidad de contar con buenos alarifes para la construcción, y de buenos labradores de cantera. Tuvo también artesanos para el trabajo grueso de la madera y para la ebanistería, y contó con buenos forjadores del hierro y para el labrado del cobre y de sus aleaciones: el latón y los bronce. La gran empresa política y económica que fue la Conquista obligó al imperio español a la movilización de recursos humanos, técnicos y económicos. Unos se dedicaron a la guerra, y otros a la explotación de lo ya conquistado. Así, con los soldados llegaron las armas para la compulsión; con los se-

gundos, máquinas, herramientas y procedimientos para extraer de la tierra los minerales preciosos.

Descubrimiento y conquista tuvieron el sello marítimo, por ello no extraña que los astilleros fueran de las grandes empresas fabriles coloniales. Pero ahí donde se arman embarcaciones concurren muchos oficios y materiales, la arquitectura naval requiere de afinados conocimientos, lo mismo de hidráulica que de resistencia de materiales. Y como las embarcaciones se van especializando para el transporte de mercancías, de personas y para la guerra, los astilleros suelen ser escuelas prácticas para muchos tipos de oficiales. Carpinteros, ebanistas, toneleros, herreros, bronceros; después fogoneros, paileros, tuberos y muchos otros más, ayudan en la construcción de barcos, pero al mismo tiempo su arte queda al servicio de la ciudad.

En Cuba no encontraron los españoles el oro y la plata que su ambición reclamaba, pero la Isla siempre ha sido rica en finas maderas y a la llegada de aquéllos la que es hoy ciudad de la Habana estaba rodeada de las mismas. Por eso se afirma que con maderas de Cuba se construyeron muchos palacios de España, así como la que necesitó el Escorial. Se explica por eso que la Habana se convirtiera en la armadora principal de las Antillas y lo que se inició como carenaje y reparación, se convirtió en construcción naval.

La historia señala que en 1496 Cristóbal Colón dirigió la construcción del primer buque en Amé-

rica, la carabela Sta. Cruz, y que la autorización para la construcción de naves en Cuba y otros lugares de las Indias se dio en 1510. Pero como dice la crónica²⁰ no sólo se construyeron barcos en la ciudad de la Habana, también se inventaron, y con tanto éxito, que fueron alabados por el Rey Felipe II, que mandó construir diez de los del tipo cubano, en la Bahía de Vizcaya.

El primer tipo fue una modificación del galeón y se llamó "galeaza"; su inventor fue Alvaro Bazán. El segundo, llamado "galeoncete", tuvo más éxito que el primero, y de él se construyeron muchas embarcaciones; su inventor fue Don Pedro Menéndez de Avilez. Al amparo de los astilleros se establecieron fundiciones para fabricar artillería, y así a la variedad artesanal se sumó la de los fundidores y los armeros.

La industria naval habría de proveer de oficios, materiales y artículos que la ciudad necesitaba para su desarrollo, y hasta en el folklore dejaría recuerdo y huella, pues en uno de aquellos astilleros, de las clavijas de madera dura que los carpinteros usaban para asegurar las ensambladoras de tablas y cuadernas, surgió la clave, instrumento de percusión que el negro utilizó para el acompañamiento del canto y el baile. Y con la clave, de origen habanero, y el güiro campesino, ya se podía meter ruido acompasado al canto alegre cubano.

Quienes construían los más grandes barcos del

mundo en la época y fundían cañones y morteros no podían tener dificultades para hacer trapiches de madera o fabricar pailas, bombones y espumaderas.²¹ La industria del azúcar, que tuviera como marco inicial los alrededores de la Habana, se vio favorecida en cuanto a equipos, máquinas, herramientas, instrumentos y en algunas especialidades artesanas, por la construcción naval, y ambas contribuyeron al desarrollo de la ciudad.

Al correr de los años una y otra mejoran su tecnología y con el advenimiento del vapor muchas operaciones antes manuales se mecanizan, la energía orgánica substituye en mucho al músculo animal y nuevamente se aumentan los oficios, los materiales y nuevos productos. En los ingenios, en los astilleros, en los ferrocarriles, en la actividad minera, en la industria en general, la máquina de vapor hace su entrada triunfal y el mecánico; el maquinista, el fogonero y otros oficios y profesiones van a engrosar la lista de los ya existentes.

Seguidamente a la máquina de vapor, se inventan los generadores y los motores eléctricos, y la gama de lo que se puede transformar, de lo que se produce, de lo que realmente se necesita, de lo que se usa por presunción, de lo suntuario y de lo vital, crece desorbitadamente. La ciudad se llena de materiales y se le crean nuevas necesidades, algunas útiles y otras no tanto.

Una red de materiales hechos cosas, se ponen a disposición de la ciudad, y si alguno de ellos fal-

ta, la población sufre porque ya se hizo dependiente, y así la red, aunque se diversifica con sucedáneos, al crear nuevas necesidades aprieta hacia el centro, donde parece residir el deseo por consumir de todo. No sólo será el ingenio el que requiera de evaporadores, calderas, molinos, plantas de fuerza o subestaciones eléctricas; no sólo será en los ferrocarriles donde se necesiten locomotoras, casas redondas, rieles, señalamientos; no sólo será la industria en general que requiera de hierro y acero para grúas, motores de combustión interna, cromo para aceros especiales, cobre para canalizaciones eléctricas, caucho para mangueras, papel para el libro o el periódico; sino que en la misma casa nos damos cuenta de la dependencia material a cada paso, lo mismo si falta el fusible del switch eléctrico, que si se tapa una tubería, se rompe el lavabo, se quiebra un espejo, falta el acumulador del carro, o se requiere un minúsculo tornillo opresor para algún aparato de cocina o de aseo.

Y cuando se hace inventario o sólo se observa por algún muro caído la casa en demolición, parece, como escribiera Alejo Carpentier, en "Viaje a la Semilla", que se viaja al origen, a la raíz de la vida y de las cosas que hacen posible la misma.

"Ya habían descendido las tejas, cubriendo las canteras muertas con mosaico de barro cocido. Arriba, los picos desprendían piedras de mampostería, haciéndolas rodar por canales de madera, con gran revuelo de cales y de yesos. Y por las alme-

nas sucesivas que iban desdentando las murallas aparecían —despojados de su secreto— cielos rasos ovales o cuadrados, cornisas, guirnaldas, denticulos, astrágalos, y papeles encolados que colgaban de los testeros como viejas pieles de serpiente en muda. Presenciando la demolición, una Ceres con la nariz rota y el peplo desvaído, veteadado de negro el tocado de mieses, se erguía en el traspatio, sobre su fuente de mascarones borrosos. Visitados por el sol en horas de sombra, los peces grises del estanque bostezaban en agua musgosa y tibia, mirando con el ojo redondo aquellos obreros, negros sobre el claro cielo, que iban rebajando la altura secular de la casa”.²²

Y sigue el notable escritor hablando de las cosas, de los materiales que visten la casa, que nos son tan gratos cuando habitamos en ella, que han recorrido largos caminos como materia prima, desde lugares remotos, desde la entraña de la tierra, para que una vez transformados por el trabajo del hombre, tomen figura, forma y nos sean útiles; pero una vez en desgracia, viejos, heridos por el tiempo, parecen regresar a su origen.

“El viejo se había sentado, con el cayado apuntándole la barba, al pie de la estatua. Miraba el subir y bajar de los cubos en que viajaban restos apreciables. Oíanse como en sordina, los rumores de la calle mientras, arriba, las poleas concertaban, sobre ritmos de hierro con piedras, sus gorgoros de aves desagradables y pechugonas”.²³

Y nos habla el escritor de cornisas y entablamentos despoblados, de escaleras de mano solitarias, del aire fresco aligerado de sudores, blasfemias y chirridos. De la balaustrada superior ahora ya caída, de habitaciones desnudas de persianas, de capiteles antes lucientes en los altos, y ahora semiperdidos en las hierbas. Por entre las paredes caídas, Alejo Carpentier nos deja ver o nos sugiere lo inútil de una cerradura sin puerta, de las charnelas sin tornillos, de bisagras sin funciones de aperturas y cierres, del desperdicio de los mármoles rotos, de estatuas caídas, de las fuentes secas.

¿Cómo dejar de reflexionar en la consunción de los cirios, que de tantos sudores se quedaron en el puro pabilo? ¿Cómo dejar de admirar esa ingeniería de la horadación que llevan a cabo las polillas en maderas que no resistieron? Pero el desfile de estampas y reflexiones de una casa y de sus cosas que cesan o mudan de función, es interminable. De la casa en demolición fueron sacados los relojes, las mecedoras, la guitarra con incrustaciones de nácar, la consola, la flauta transversa. Los espadines, los trajes de librea, las sombrillas, el bastón de ácana, las casacas con botones de damasco, vestidos de corte, jofainas de lavabos. De la seda estrujada no quedó ni el fino rumor. Las enaguas de brocado, los blancos corpiños, las ballenas del corset, las flores arrugadas de terciopelo, se fueron en los primeros envoltorios. Se quedaron armarios rotos, biombos rasgados, tinas sin rastro de

agua, y los indicios, ahí donde queda aún techo, de candiles y de otras arañas de vidrio y metal para el alumbrado. De las calesas tiradas por fuertes caballos, con asiento de piel fijados por rosarios de tachuelas, siempre en espera a la puerta de la casa, no queda ni el recuerdo; así como el de otras cosas, cientos, tal vez miles que adornaban y hacían comfortable la casa colonial habanera.

Los yesos vuelven al barro, los metales que aún quedan se oxidan para confundirse en la tierra, los pedazos de tela se pudren con la madera, para volver al correr de los siglos a ser vegetales.

La física enseña que nada se destruye, que todo se transforma, pero las cosas heridas por los años pierden su forma y abandonan la función que les dio el trabajo del hombre. Extraña y fascinante relación de éste y las cosas materiales que aprovecha para la satisfacción de sus necesidades. Cuando se gastan regresan a la semilla y por eso el hombre se significa sólo como creador de formas y de funciones, pero no de materia, pues la misma fue hecha desde el origen y su cantidad no se altera, sólo se presta a una continua y eterna transformación a la que los científicos y filósofos le llaman tiempo.

NOTAS A "LA HABANA VIEJA"

- 1.—Chueca G., Fernando: *Breve Historia del Urbanismo*. Alianza Editorial.
- 2.—Salado. Minerva: *La Habana Vieja*. Patrimonio de la Humanidad. Cuba Internacional, 11/83.
- 3.—Ibid.

- 4.—Ibid.
- 5.—Ibid.
- 6.—Chueca, G.: Citado.
- 7.—Rius: *Cuba Libre*. Editorial Posada, S. A. México, 1977.
- 8.—Blumenfeld, Hans: *La Metrópoli Moderna, en la ciudad*, de Scientific American. Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1967, 1969.
- 9.—Chueca, G. F.: Citado.
- 10.—Salado, Minerva: Citado.
- 11.—Derrq. TK-Williams, I. T.: *Historia de la Tecnología*. Vol. I. Siglo XXI. Naucalpan de Juárez, Edo. de México, 1982.
- 12.—Carpentier, Alejo: *La Ciudad de las Columnas*. Editorial Bruguera. Barcelona, 1982.
- 13.—Green, Timothy: *El Nuevo Mundo del Oro*. Editorial Planeta, S. A. Barcelona, 1983.
- 14.—En *La Ciudad de las Columnas*: de Alejo Carpentier.
- 15.—Bernal, D. John: *La Proyección del Hombre. Historia de la Física Clásica*. Editorial Siglo XXI. México, 1975.
- 16.—Carpentier, Alejo: Citado.
- 16.—Carpentier, Alejo: Citado.
- 17.—Phillips, Graciela: En *Ciencia y Desarrollo* Nov. Dic. 1984. Núm. 59. México, D. F.
- 18.—Bernal, D. John: *La Ciencia en la Historia*. Nueva Imagen, S. A. U.N.A.M. México, 1979.
- 19.—Brown, Harrison: *Examen del Futuro*. Fondo de Cultura Económica. México, 1960.
- 20.—Roig L., Emilio: *La Habana, Apuntes Históricos*. Tomo II. E.C.N.C. La Habana, 1964.
- 21.—Moreno, F. Manuel: *El Ingenio*, Vol. I. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- 22.—Carpentier, Alejo: Viaje a la semilla, en *La Guerra del Tiempo*. Editorial Calicanto, S. R. L. Buenos Aires, 1977.

I N D I C E

	Pág.
Viento y Revolución	7
El vuelo	12
La casa de Carpentier	16
En el Morro	21
El mundo de la osmología	25
A Varadero	31
A Cienfuegos	37
Llueve sobre el Escambray	43
La tarde cubana	45
Ismaelillo junto al mar	47
Trinidad	50
Los símbolos de Cuba	54
Los periódicos y los libros	60
La palma real	64
Viaje por la noche de Cuba	66
El Tropicana	69
Felipe Rosell: un pequeño propietario	71
Caibairién, ¿cómo será?	74
Cuba, en el camino de los huracanes	79
La Habana vieja	96

El señor Lic. José de Jesús Rodríguez Martínez, rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, ordenó la impresión de este libro a la Editorial Universitaria Potosina. La edición fue concluida el 12 de octubre de 1985 y consta de 250 ejemplares.

EDICION AL CUIDADO DE
JESUS MEDINA ROMERO